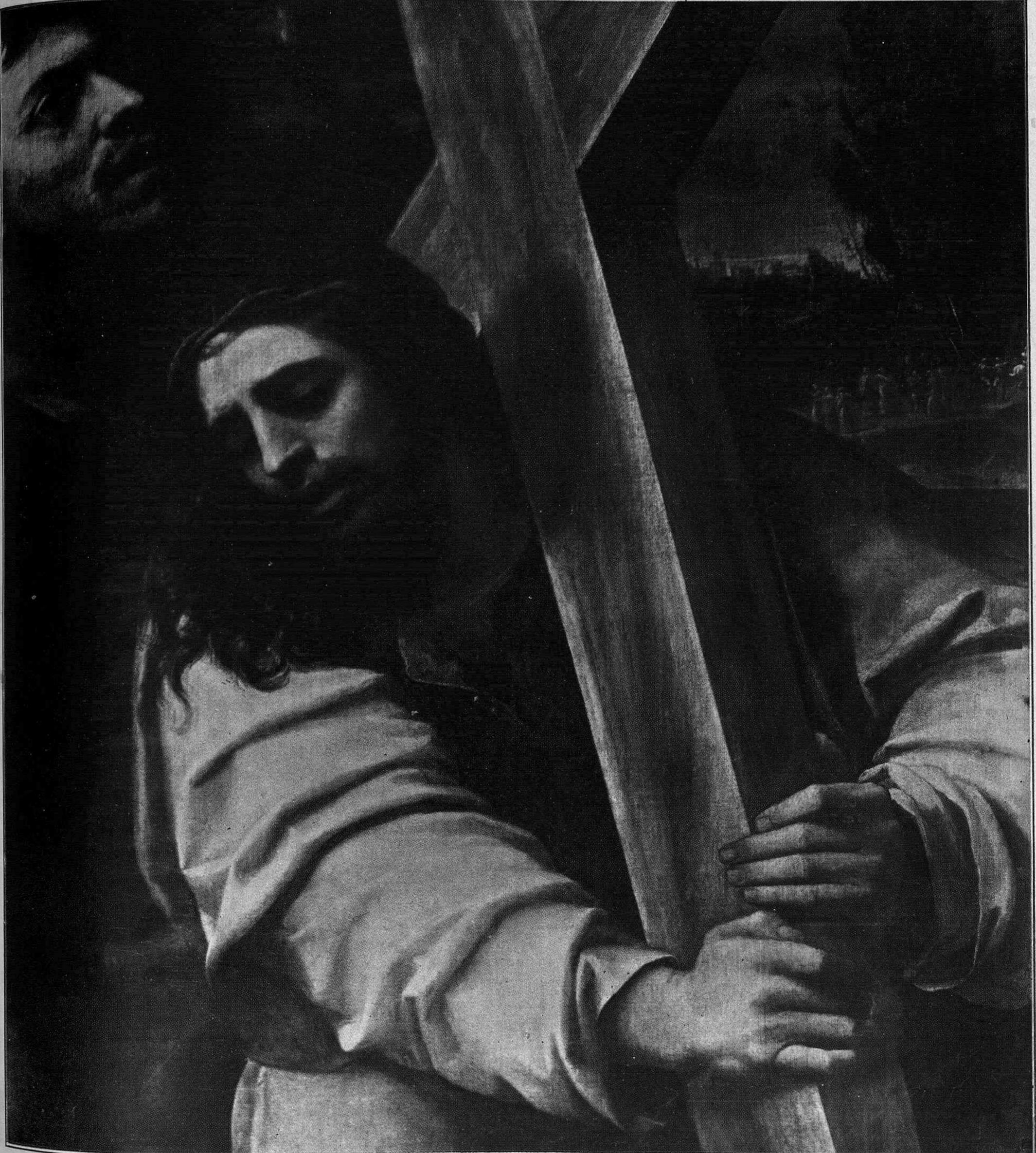


La Esfera



Año V * Núm. 221

Precio: 60 cént.



JESÚS CON LA CRUZ, cuadro de Sebastiano del Piombo, que se conserva en el Museo del Prado

(c) Ministerio de Cultura 2006

Si le causa Dolor al rasurarse
aplique

"Nieve" ("HAZELINE" SNOW) TRADE MARK

(Marca de Fábrica)

"Hazeline"

inmediatamente después. Releva instantáneamente el dolor y proporciona bienestar al cutis.

En todas las Farmacias y Droguerías Burroughs Wellcome y Cia. Londres

La "Nieve 'Hazeline'" no es grasienta. Aquellas personas cuyo cutis requiera una preparación grasienta deberían obtener la Crema 'Hazeline'.

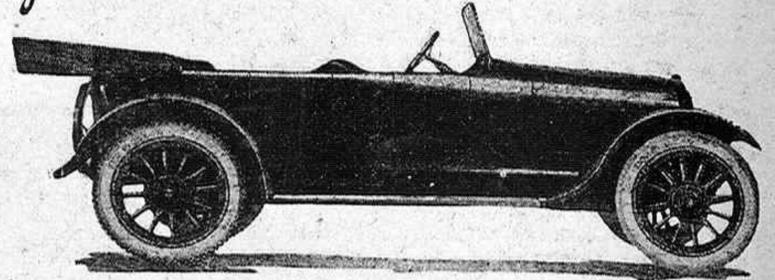
Sp. P. 1330

All Rights Reserved

EL AUTOMÓVIL PREFERIDO POR S. M. EL REY

MODELO 88-4. 4 CILINDROS. 28-32 HP. 7 ASIENTOS
MODELO 88-8. 8 CILINDROS. 45-50 HP. 7 ASIENTOS

Willys



LOS DOS COCHES MÁS POTENTES

Equipados con motor sin válvulas, indestructible. Arranque automático y alumbrado eléctrico. El carburador más económico y de instantáneo reglaje. Ballesta cantilever.

Aun pagando el doble de lo que estos coches cuestan, no puede obtenerse nada más perfecto. La enorme producción anual de la Fábrica, 250.000 coches de alta categoría, lo permite y garantiza.

DE VENTA, PIEZAS DE RECAMBIO
Y TALLERES DE REPARACION:

SOCIEDAD EXCELSIOR

ALVAREZ DE BAENA, 7-MADRID

y en todas las capitales de provincia.

La SOCIEDAD EXCELSIOR garantiza estos coches en igual forma que la casa ROLLS ROYCE

Overland

ANGEL BARRIOS Diplomado en Filadelfia.
DENTISTA
Dientes artificiales, sistema americano, fijos
75, ATOCHA, 75



Dices que Pepe te encuentra vieja, fea y asquerosa, y que desprecia tu amor por correr tras Mari-Rosa. ¿Qué quieres que yo te diga, desgraciada criatura? La culpa la tienes tú, por no usar la PECA-CURA.

Jabón, 1,40. — Crema, 2,10. — Polvos, 2,20. — Agua cutánea, 5,50. — Colonia, 3,25, 5, 8 y 14 pesetas, según frasco.

CREACIÓN DE CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21 **BARCELONA**

GUERRA A LA ANEMIA!
PARA
VIVIR
MUCHOS AÑOS



SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista. Diríjanse á esta Administración, Hermosilla, 57

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

PARA EL 1.º Y 2.º TOMO DEL AÑO 1917
A 4 pesetas juego para un semestre

Se venden en la Administración de
Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57,
MADRID

Para envíos á provincias añádanse 0,40 para franqueo y certificado



Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.

BAUME BENGUÉ
Curación radical de
GOTA-REUMATISMOS
NEURALGIAS

De venta en todas las farmacias y droguerías.



RELOJ DE PRECISIÓN

"ELECTION"

Viuda de Alberto Maurer

ALMACÉN DE RELOJES AL POR MAYOR:

Carrera de San Jerónimo, 15, MADRID

PARÍS Y BERLÍN
Gran Premio y Medallas de Oro

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan siempre esta marca y nombre **BELLEZA** (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis. 5 p. setas.

RHUM BELLEZA (á base de nogal). Gran vigorizador del cabello, dándole el brillo de la juventud. Quita las canas y las evita. Cabeza sana y limpia de caspa. Es inofensiva hasta para los herpéticos. 5 pesetas.

POLVOS BELLEZA Alta novedad. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Blancos, Rachel, Naturales, Rosados y Morenos. 2,50 y 4 pesetas caja, según tamaño.

En Perfumerías de España y América



CREMAS BELLEZA (liquida ó en pasta espumilla). Última creación de la moda. Blancura y hermosura del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas. (blanca, rosada y natural). 4 pesetas.

TINTURA WINTER Con una sola aplicación desaparecen las canas; cabello, barba ó bigote, hermoso castaño ó negro. Es la mejor. 6 pesetas.

LOCION BELLEZA La mujer y el hombre rejuvenecen. Firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, manchas y asperezas, la bendicen. Es inofensiva. 5 pts.

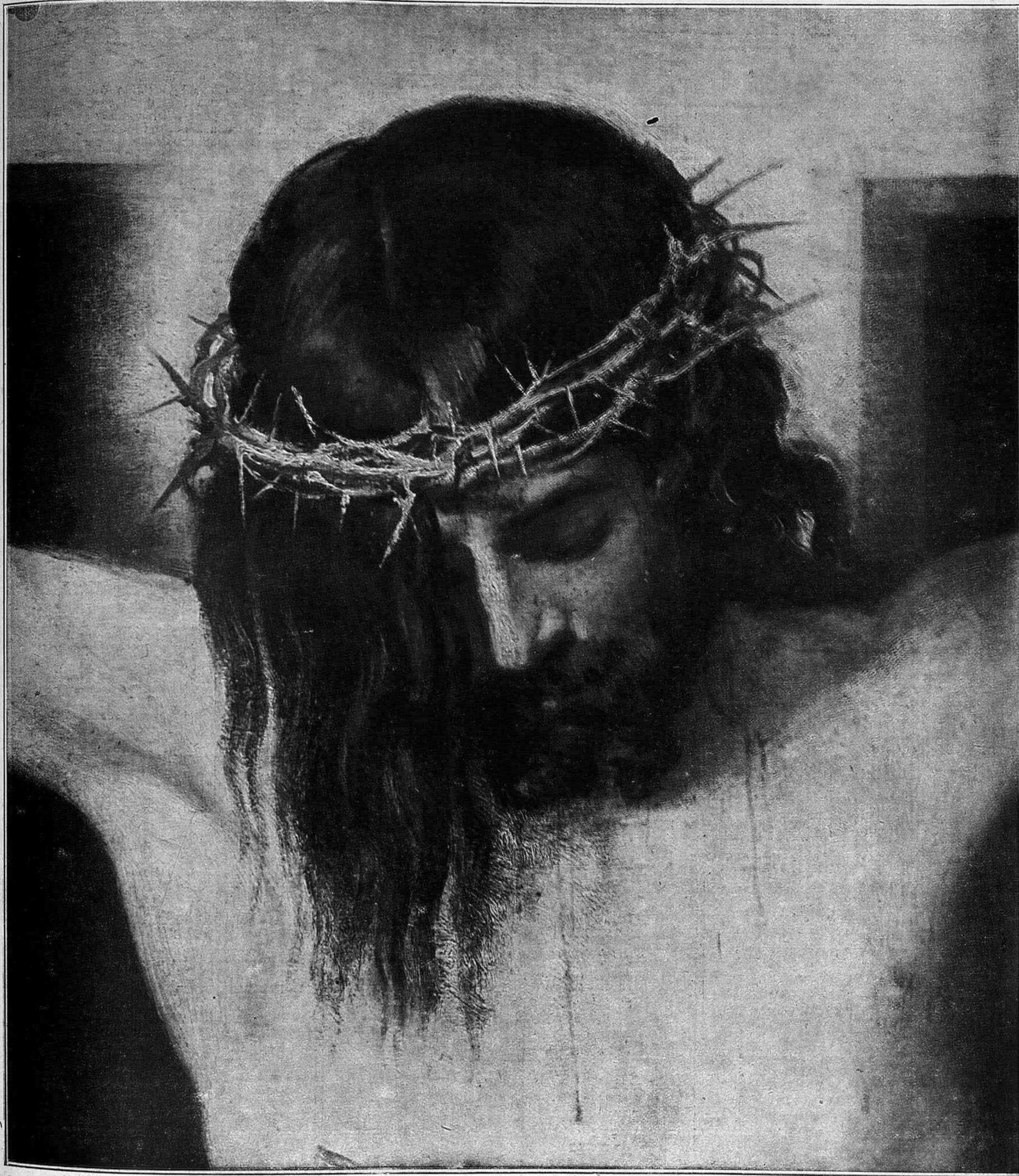
En HABANA: droguerías de SARRÁ y de JOHNSON. En BUENOS AIRES: calle Cerrito, 393
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).

LÓPEZ HERMANOS
"Los Leones" - MÁLAGA

Propietarios de las marcas Barón del Rivero, Adolfo Pries y Cia. y Unión Vinícola Andaluza

Cosecheros exportadores de vinos finos de España. Unicos fabricantes del incomparable **ANIS MOSCATEL**, dulce y seco. Bodegas de las más importantes de Andalucía. Grandes destilerías de Anisados, Cofiac, Ron, Ginebra y Licores. Jarabes para refrescos. Gran Vino Kina San Clemente.

Debido á la anomalía de las actuales circunstancias, los pedidos directos deberán ser acompañados de su importe, en lo que no hay exposición ninguna para los compradores; pues siendo esta Casa de primer orden y reconocida seriedad y solvencia, están completamente garantidos del cabal y exacto cumplimiento de las órdenes que se le confíen. Para más detalles, pidan catálogo.



NUESTRO SEÑOR CRUCIFICADO

Detalle del famoso cuadro de Velázquez, que se conserva en el Museo del Prado

DE LA VIDA QUE PASA
AHORA, CON LA PRIMAVERA...

AHORA, con la Primavera—la única, positiva y amable renovadora en quien puede fiarse sin recelos—, el insectillo humano se siente dotado de alas y las agita desapoderadamente. Su sensibilidad y su inteligencia experimentan como un divino acuciamiento: espolazo que le dan la luz pródiga y el ambiente tibio y la transparencia del aire y el señorío de las noches, ya claras y azules con el prodigio de sus ráfagas de oro sideral...

Sísifo torna á subir hacia la cumbre, recrudescida su fe en la victoria; Tántalo calma su avidez, porque el buen tiempo es, para el alma cautiva, linfa que borbotea frescamente; Dédalo halla, al fin, la salida radiante del laberinto; Icaro desafía al sol, seguro de que no habrán de derribarle, por lo menos hasta que imponga su imperio, bien avinagrado, cejijunto y demolidor, el Otoño. La Primavera médica celebra su pacto con la espiritual; y, pese á sus erupciones, no siempre benignas ni gratas—propicias á soliviantar á la musa retozona de los escritores festivos—, no es posible pasar en silencio ese hervorcello, ese trastorno delicioso, esa suavísima desazón sentimental lindante con el lirismo que, en cuanto asoma Marzo, acometen aun al espíritu más aquejado de chabacanerías.

El condenado eleva los ojos hacia el cielo, y se le anega de azul el corazón. De azul, señor hortera; de azul, usurero, covachuelista, negociante, señorita neurótica, niña «bien», chulilla garbosa... De azul; esto es: de transfiguración, de armonía, de indulto, de desquite, de belleza y de ensueño. Ustedes han pasado varios meses, desde Octubre acá, amodorrados en su insensibilidad, en su ignorancia, en la selvaticidad de su prosa circundante; y ahora, aunque no se den cuenta del motivo, saltan del lecho tarareando un airecillo juguetón; caminan por la calle con voluptuosidad felina; les anida en la frente una bandada de pensamientos mozos; suspiran, no saben bien por qué, junto á la costura ó ante los libros de caja... Y su tacañería se convierte en liberalidad, y su torpeza mental en facundia desatinada, y su pobretería de espíritu en un alborozo efusivo que se contagian ustedes unos á otros, aunque no le den las muchas palabras que pide ni le rindan los múltiples

y apasionados homenajes á que es acreedor. Pero no importa. La Primavera viene... Escrofulosos y románticos se dan la mano. El sol irrumpe en los pisos principales y en los corazones del sotabanco. Los depurativos y los madrugales conmueven la entraña dura de la ciudad. ¡Salve, diosa de las flores y de los enervamientos, que suscitás una palpitación en todos los hombres, incluso en aquellos miserables á quienes sobra arcilla para resistir la honrosa pesadumbre de serlo!...

Tiene la Primavera, entre otros caprichillos, el de estimular el espíritu de iniciativa, llevándole por los valles amenos y deliciosos del plan, del proyecto, de la quimera.

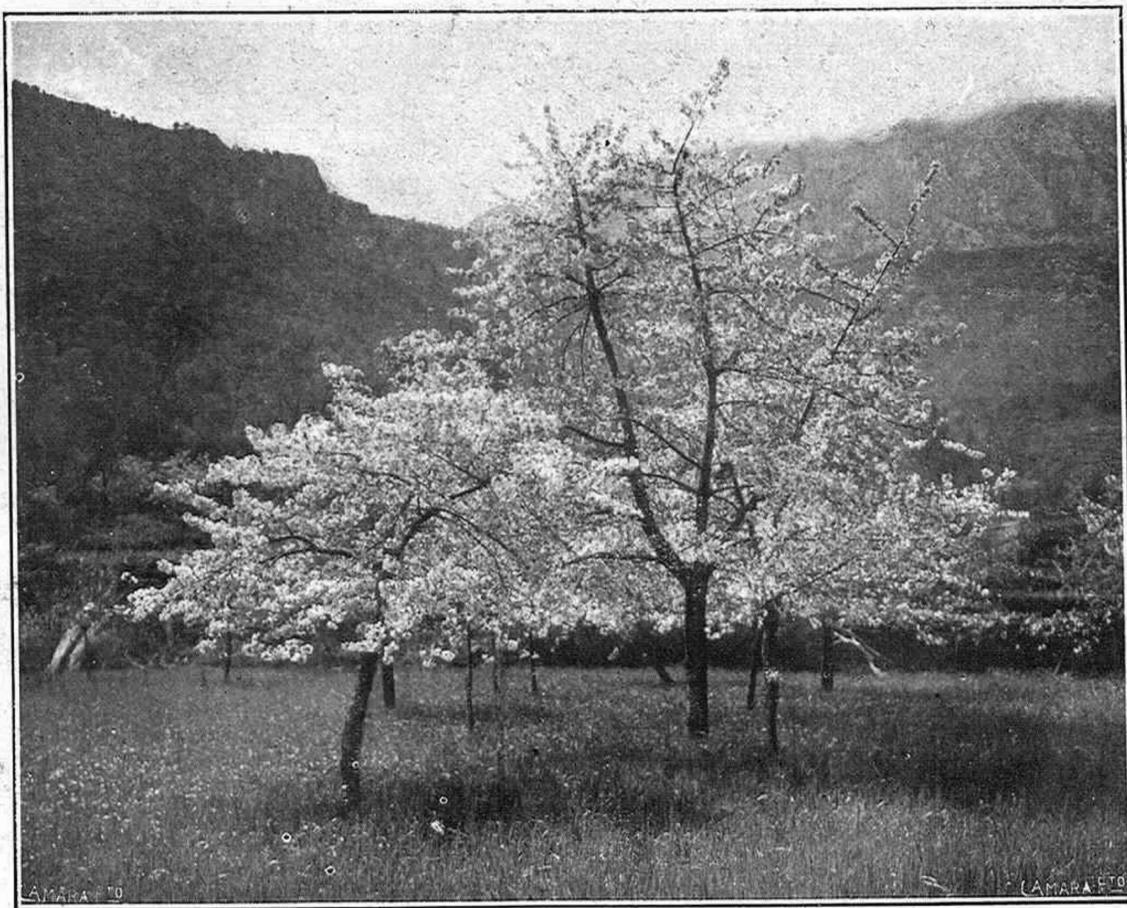
El genovés, luego famoso, debió de sospechar la existencia de las Indias en uno de estos días vernaes, en que todo cuanto nos es conocido nos parece escaso ó mal concluido ó excesivamente abocetado. «La loca de la casa» bulle, atosiga, acucia, sugiere mil locuras y rasga la cortina de mil escenarios cuyo fondo adivinamos favorable para concedernos relieve y aureola de héroes. El iluso se embelesa. El activo, el laborioso, más optimista que nunca, concibe, se apresta á crear, levanta andamiajes, rotura nuevos eriales, siente, en fin, que la tortura de trabajar puede convertirse en mágico deleite.

A la hermosura de producir ha de añadirse la dicha de la concepción, la noble y turbadora efusión del esfuerzo, y, sobre todo, la gloria—no derrocada jamás—de lo que se proyecta. La más saliente característica del advenimiento primaveral consiste en esto: en urdir, en idear, en ir avanzando sobre las aguas, en poblar de posibilidades el aire, en gustar la inminencia de lo realizado. La realización puede ser—y lo es muy á menudo—la muerte, el parricidio, la hecatombe, la brutalidad ó la estupidez; pero la concepción es el éxtasis, el bálsamo, la apoteosis, la plenitud y el bienaventurado desquite total que alivia y corona.

Mal que nos pese, no podremos nunca dejar de ilusionarnos con proyectos. La obra maestra está en todo lienzo blanco, en todo bloque informe, en toda cuartilla sin llenar. Lo sucesivo y venidero tiene importancia innegable, pero de otra categoría. Si en estos días de sol generoso sentimos más lancinantemente que en otra época del año el horror de morir, es porque la Descarnada habría de comparecer con abominable inoportunidad. Vendría á sorprendernos bárbaramente, porque no tendremos concluidos nuestros planes; porque nos cerrará los ojos cuando «todavía» nos faltaba leer las páginas finales del libro últimamente recibido; porque dejará rígida nuestra mano cuando no habíamos concluido la cuartilla que empezamos apasionadamente; porque cerrará nuestros labios cuando íbamos á pronunciar la palabra de amor ó de fe que, al cabo, tras tantas conmociones íntimas, nos fué dado encontrar... ¡Y hay en esto tanta tristeza!...

E. RAMÍREZ ANGEL

FLORES DE ALMENDRO



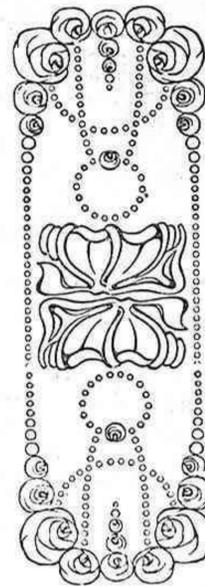
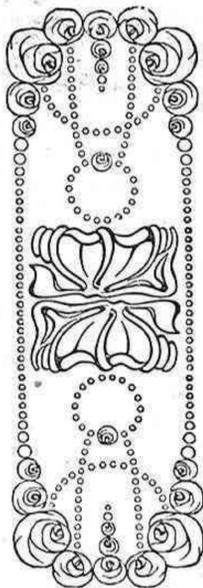
*Pelado está el almendro;
 en desnudez las ramas
 brillantes. Sopla el Norte;
 la noche es fría: escarcha.*

*Del invierno sol, al primer beso
 flores cubren las ramas,
 sin aguardar las hojas protectoras
 que, por miedo á los fríos, no brotaran.
 ¡Las hojas precavidas!
 ¡Tal los prudentes que á su medro marchan!
 Y cuántas flores del serrano almendro
 cubren el suelo, cual tapiz de plata,
 pagando con su vida
 la audacia grande de salir tempranas.*

*Mas ¿quién dice á la tierra endurecida,
 al sufrir y esperar de la montaña,
 de que la vida es lucha?
 ¿Quién en la tierra parda
 pone una nota de resurrecciones
 y olores de panal que la esperanza
 mantengan viva en el tedio ambiente?
 ¡Oh, las floridas ramas
 del almendro rebelde!
 ¡Audaz poeta de la gris montaña!*

Antonio PORRAS MÁRQUEZ

FOT. BESTARD



TESOROS DE ESPAÑA

El Cristo de la catedral de Segovia

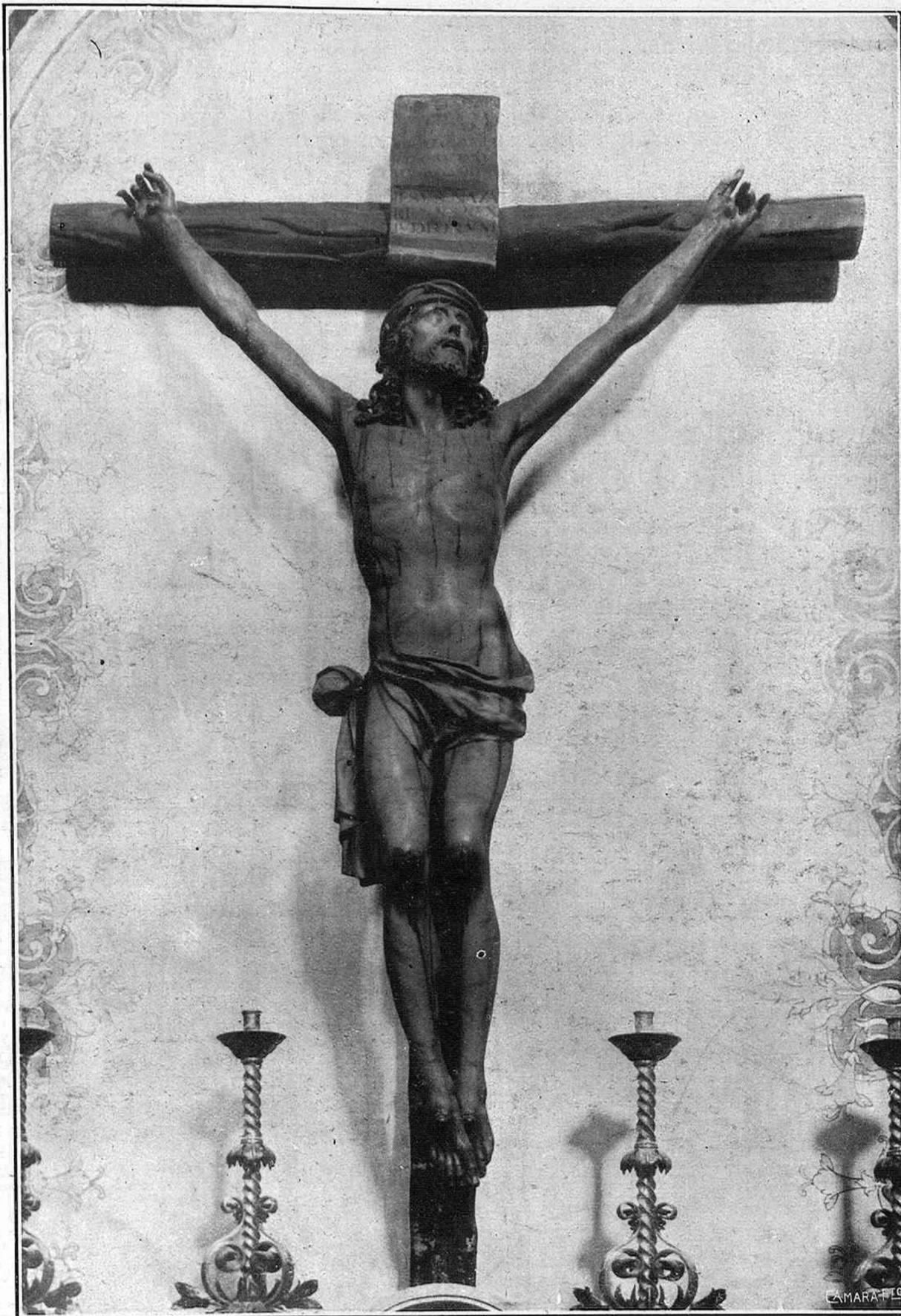
HAY una luz demasiado cruda, tal vez violenta, en el sagrario de esta fuerte y noble catedral segoviana. Después de la serenidad armoniosa y grave de las naves doradas, maravillosamente empalidecidas por el tiempo, vivificadas prodigiosamente por el fausto de las cristalerías, perturba e inquieta un poco este sagrario singular, de aire férvidamente encendido por una piedad ardorosa, seca, de centenares de pálidas y morenas mujeres de Castilla, pero de una arbitrariedad extraña y de un gusto excesivamente acre, de un sabor irritante y áspero.

Una legión de cuadros de venerables obispos de Segovia, pintados, en su mayoría, con la más santa y simple ingenuidad, adornan las paredes. Sobre estos inocentes recuerdos episcopales, se desarrolla una espléndida colección de tapices, de una rica, alegre, brillante magnificencia, pero de una inoportunidad desentonaada, aguda y mortificante, en este paraje de éxtasis y de indefinible concentración, en el que vive la expresión más profunda, más acerba y más desgarradora del alma de Castilla.

Instintivamente se siente la atracción morbida, sensual y luminosa de los tapices flamencos de Geeraert-Peemans y de Van-Bruston, y el encanto amable, fino, gentilmente elegante de los Gobelinos, y es necesario un penoso esfuerzo de integración espiritual para producirse un propicio estado de aislamiento, y darse todo a la fascinación más que humana de este milagro del arte castellano.

Solitario, desnudo, escueto como en aquella tarde en que destacó trágico y sangriento sobre el fondo amarillo y desolado de la tierra judía, surge sobre un fondo liso de loza dorada el Cristo que fué de la casa de Aguilar, y tal vez lo más precioso, lo más puro, lo más indefiniblemente divino que haya surgido del alma árida y abrasada de la raza de España.

Este Cristo sobrehumano, ¿es de Montañés, de Alonso Cano, de Mena, de Gregorio Hernández? Lo que de él se supiera con certeza se ha perdido en el estúpido abandono de la vida señorial del siglo XVIII; pero, en fin, obra es de Castilla y el sueño más noble, más santo, más doloroso que haya roto con sangre ardorosa y con atormentadas crispaciones las entrañas de una raza cruelmente mística y angustiada por el ansia de lo imposible.



Cristo que fué de la casa de Aguilar, que se conserva en la catedral de Segovia

Un hechizo inenarrable nos detiene ante esa idealidad viva, y transfigura, sutiliza, y aun pudiéramos decir que santifica cuanto hay de más amargamente triste, de más desconsoladamente frío, de más desesperadamente perdido en nuestra pobre alma orgullosa y desencantada, que todo lo ha vivido y todo lo ha desdeñado.

Esta imagen nos acerca misteriosamente a Dios, y nos dice cómo el claro milagro del Arte puede hacer de nosotros algo como una criatura nueva, inesperadamente pronta a sentir toda la sobrenatural embriaguez del transporte.

El cuerpo de la imagen, de un ritmo, de una armonía perfecta, conforme a la austera, tem-

plada y noble tradición realista española, no tiene esa lividez alucinante, esa ferocidad sangrienta, ese horrible olor a muerte, a putrefacción, de los clásicos y tenebrosos Cristos castellanos. La carne ágil, enjuta y juvenil, macerada, torturada por el sufrimiento de los días de exaltación, de martirio, de sol, de polvo, de fiebre, aun vive, estremecida por el temblor de la agonía. La sangre fluye gota a gota, y nos parece sentir que resbala a lo largo de nuestra piel su calor húmedo y viscoso. Por un doloroso esfuerzo de la cadera, diríase que el cuerpo tiende a desprenderse de la cruz y a elevarse, en tanto que los brazos desmayados permanecen inertes. Una última y suprema aspiración dilata el pecho, y se percibe que sufre espantosamente la carne en la inmovilidad desesperada.

Pero, sobre todo, la cabeza es algo inolvidable que nos perseguirá siempre, que nos iluminará incesantemente, porque es el eterno, el humano, el implacable dolor divinizado.

La corona se ciñe ásperamente a la pálida frente pensativa. Los ojos, que resplandecieron al murmurar apagadamente aquella frase de desfallecimiento «Eloi, Eloi, ¿lama sabaktani?», ya no pertenecen a la tierra, y buscan con una inquietud aterradora y, al mismo tiempo, dolorosamente resignada, el soñado fulgor de los cielos. El rostro, de una palidez transparente, se alarga, y parece huir en el momento augusto del misterio; y la boca, que da toda el alma, se entreabre como un mundo, aun ardiente, quemada por la inextinguible sed de amor...

Viejas devotas enlutadas, de rostros en sombra y de pupilas fulgurantes, se acercan lentamente a la imagen, y diríase que son llamas negras oscilantes y tor-

tuosas. El Cristo, ya en sombra, llena la catedral, y el alma.

El San Bruno de Alonso Cano, otra fase suprema de la estatuaría española, representa el ascetismo frío, la concentración helada, la voluntad inflexible ó imperante, el pensamiento rígido é inexorable, la regla de Ignacio de Loyola; pero este Cristo de la catedral segoviana es el amor inagotable, la voluntad pura y apasionada, la dulce tristeza del sacrificio, la tragedia del dolor siempre vivo, el ansia de infinito, que encendió el corazón llameante de la divina Teresa de Jesús.

ISAAC MUÑOZ



LA ESFERA

ARTE RELIGIOSO



CRISTO ATADO A LA COLUMNA, cuadro de Alonso Cano, existente en el Museo del Prado

LA ESFERA

LA REINA, CORONEL



S. M. la Reina Doña Victoria con el uniforme de coronel del regimiento de cazadores de Caballería Victoria Eugenia

FOT. CAMPÚA



Cuadro de Amiconi, que se conserva en el Museo del Prado

LA SANTA FAZ

El dolor de todos los hombres se había reconcentrado en un hombre sólo. Y ese hombre lloraba las penas comunes. ¿Imagináis la posibilidad de que sobre un corazón pese la inmensa montaña lacrimosa?... Montaña que suda sangre, que grita lamentos, que ruge indignaciones, que palpita, ella, piedra y lodo, como si fuera músculo y nervio... Pues bien: un día el hombre llegó con el encargo divino, para redimir lo que se creía irredimible, para convertir en arrepentimientos los pecados, y en perdones definitivos las inexorables sentencias. Necesario que fuera hombre para que en el temblor de la angustia surgiera la oración. Necesario que fuese Dios, para que junto á la miseria doliente apareciera la majestad suprema.

Y en una calle de la ciudad maldita, en la que la guerra truenaba ahora como si el demonio quisiera reconquistarla, cuando el justo iba abrumado por el peso de la cruz, se halló con la mujer buena y caritativa, que acudía con el limpio paño á secar el sudor de muerte, la sangre que goteaba del herido rostro, á poner el alivio del amor entre las viles crueldades de los verdugos.

La leyenda se apoderó de la escena enternece-

dora y la propagó á través de las edades y de las razas. El desdichado sobre el que pesa la cruz de la vida espera que también acudirá la caridad á socorrerle con el paño ungido de amores, en el instante en que le invada el desfallecimiento.

Entre los pintores innumerables que han trasladado á la tela imprimada esa escena, y su significación y simbolismo, se halla Jacobo Amiconi ó Amignoni, veneciano, que vivió largamente en Madrid, siendo pintor de cámara de Fernando VI. Sus obras se conservan en el Museo del Prado y en los Reales Palacios de Aranjuez y Oriente. Munich posee varias de las más notables.

Ingenio poético un tanto tocado de barroquismo, Amiconi ponía en sus cuadros la ternura y la inocencia, especialmente cuando trataba temas piadosos. En ésta, que se refiere á la huella perdurable que el rostro divino dejó en el lienzo que colocó sobre él Verónica, los angelitos lloran y derraman sus lágrimas inocentísimas ante la imagen milagrosa.

Chateaubriand refiere que en la vía dolorosa de Jerusalén es mostrado al peregrino el lugar en que la tradición afirma que se hallaba la casa

de Verónica. Esta, con la rueca y el huso, torcía lana de sus ovejas, sentada en un poyo. Al ver el trágico desfile, y al contemplar cómo sufría Jesús, dejó su trabajo, tomó de su arca el más fino pañizuelo y, acercándose á la Víctima, enjugó la frente manchada de sangre. Dobló á seguida el lienzo y le guardó en una caja de madera de áloe. Y allí estuvo el santo paño mucho tiempo, siendo objeto de veneración. El primer nombre de esta mujer era Berenice, y fué cambiado luego en el de *Vera-Icon*, verdadera imagen.

Ella ha quedado como el emblema de la generosa y espontánea simpatía, pronta á tender sus manos protectoras á toda desdicha; y el paño que recogió las dolorosas reliquias, como ejemplo de la inmortalidad de los nobles empeños por el bien de los afligidos. Y así lo declara Santa Teresa.

Si las catástrofes destruyeran templos y museos, ciudades y bibliotecas, y la memoria humana naufragase en el horror, ese paño en el que el sufrimiento estampó sus señales, seguiría excitando en el alma la esperanza.

J. ORTEGA MUNILLA

LA ESFERA

CUADROS ESPAÑOLES



EL SERMÓN, fragmento de un cuadro del insigne artista D. José Benlliure

BALDUQUE

(CUENTO)

CUANDO entró el ordenanza con la lista de la lotería se la arrebató nerviosamente Ortega, abstraído en la lectura de los números.

—Nada, que no; está visto que la suerte se me vuelve de espaldas.

Ante la cómica indignación del jugador, sus compañeros de Negociado se echaron a reír. Al que más y al que menos le habría escocido que al individuo aquél le tocara un premio de importancia: no en balde iban á la misma oficina y se tenían mutua envidia á discreción. Así es que las bromas y donaires duraron largo rato, como solía acontecer en el burocrático recinto.

—A ver si os calláis ya, porque no veo la gracia de la cosa—refunfuñó Ortega, que no se distinguía por su buen carácter.

Y arrugando la lista de la lotería hasta hacerla un rebujo, la arrojó á la cabeza de Gutiérrez, que le exasperaba con su risa de idiota; pero el improvisado proyectil, irónico, fué á parar á la mesa del único que estaba serio: un hombre de cuarenta y tantos años, calvo y con lentes, que escribía sin levantar los ojos.

—Perdón, García—dijo Ortega—. No iba contra usted, sino contra ese pelmazo.

El aludido clavó en el agresor sus ahuevados ojos de míope.

—Siempre están ustedes jugando—repuso—; no cogen la pluma, y, cuando hay prisas, que García ayude á todos, sin perjuicio de que, por culpa de los demás, se estrellen en García los regaños del jefe y las bolas de papel destinadas á otros.

El sandio de Gutiérrez tomó entonces la palabra, parodiando el estilo administrativo del hombre calvo y melancólico:

—Es verdad. El Negociado entiende que la razón está de parte del señor García, y que, considerando la conducta censurable y desafortada del señor Ortega, se ha hecho éste acreedor á un correctivo enérgico, mientras aquél sólo merece elogios. ¡Viva García!

—¡Viva!

—¡Que baile Gutiérrez!

—Tiene la palabra el señor Ortega.

—¡Guau, guau!

De improviso abrióse la mampara del pasillo, apareciendo el jefe, gordo, malhumorado, presuntuoso.

—¿Qué escándalo es éste? Desde la portería se les oye. No podemos seguir así. El Estado les paga á ustedes para que trabajen, no para que chillen. ¡Estaría bueno!... Y usted, García, que es el más antiguo, debiera mantener el orden en mi ausencia. Me disgusta mucho que no se imponga usted cuando las situaciones lo requieren, porque, para substituirme á mí, no basta un papanatas.

Alguien hizo un chiste por lo bajo, y después de las elocuentes frases pronunciadas para que no padeciera el principio de autoridad, el digno funcionario pasó á la estancia contigua, presuntuoso, malhumorado, gordo.

—Me lo estaba temiendo—murmuró García.

Luego fué ordenando poco á poco sus papeles para meterlos en el cajón correspondiente; limpió la pluma en un trapito negro que tenía á prevención; tapó el tintero, y cuando cada cosa estuvo en su sitio, desarrugando con su acostumbrada lentitud el ejemplar de la lista grande que cayera sobre su mesa, comenzó á leer en él por hacer algo.

Todos guardaban silencio á la sazón, desdoblado periódicos ó recogiendo, presurosos, los expedientes que sacaron y que no miraron, en espera de que el ordenanza diese la hora; todos sentíanse tal vez un poco tristes al pensar en el sol que inundaba las calles, sin que llegase nunca á aquel lóbrego departamento de un ministerio donde perdían ellos las mañanas... ¡Bah! La vida era algo más que un montón absurdo de minutos. El reloj dejó oír una solemne campanada grave. Por los pasillos se acercaba la voz del ordenanza, gritando en todas las puertas:

—¡La hora!

Y absorto cada cual en su impaciencia por salir, mientras cogían á toda prisa los bastones y los sombreros, empujándose por escapar cuanto antes, no reparó ninguno en que García iba poniéndose espantosamente pálido...

¡Rico, rico de pronto!

Después de veinte años de jugar el mismo nú-

á fecha fija. Tanta importancia daba al método, que no se determinó á casarse por no alterar en lo más mínimo sus costumbres. Es verdad que renegaba de la oficina, como renegaba de la casa de huéspedes; pero acaso también en esto seguía un método, pues jamás varió de casa de huéspedes ni de oficina, tal vez porque constituyera para él una necesidad el renegar de algo. Quizá la dulce tiranía del balduque le modeló un alma, y el cocido tornó sus vagas ambiciones de irredento en un recreo espiritual sin consecuencias, llegando á creerse él mismo que no era feliz completamente, con lo que no pudo aburrirse ante la certidumbre de ser completamente feliz. Y en aquella hora decisiva presentóse á su imaginación, con caracteres de conflicto, el cambio radical de existencia que, sin duda, llevaría á cabo.

Por lo pronto, ya había perdido el apetito, y no se había acordado de tomar el glicerofosfato. Salió á la calle y, en vez de ir al café donde

diario jugaba su partida de tresillo, se metió en un *restaurant* para ver si animábase la comida de fonda.

No le animó ni mucho menos. Estaba preocupado, sin hallarse á sí propio, como roto de angustia y de estupor. ¿Cuánto tardaría en acostumbrarse á no ir á la oficina y á tener dinero?... Hay quien nace para no tener dinero nunca y para ir á la oficina siempre. El era un hombre pacífico, y ahora, á los cuarenta y tantos años, le asustaba un poco dejar de ser quien fué.

¿Qué haría en adelante? Por su mente pasaron, cual proyección de ensueño, aquellos cuarenta y tantos años sin grandes alegrías y sin grandes tristezas; su éxodo inútil de criatura vulgar que se sentó al comienzo del camino.

Sacando del bolsillo el décimo premiado, lo miró con ira. A la sazón se daba cuenta por primera vez de que nunca deseó, verdade-

ramente, nada, y de que, hasta entonces, fué dichoso, no siéndolo ya por culpa de aquel décimo, que trastornaba su vivir apacible.

Tuvo una repentina inspiración. ¡Si él se atreviese!... Las cifras del número agraciado diríase que bailaban una zarabanda absurda, hablándole de renovaciones redentoras que le daban miedo. ¡Si él se atreviese!... ¿Y por qué no? La dicha no reside con frecuencia en la riqueza, sino más bien en la tranquilidad, aquella tranquilidad que huía sólo ante la perspectiva de una fortuna inesperada. Decididamente, á él no le sentaba la riqueza. Y poco á poco en un principio, y sin vacilaciones luego, rompió en trozos minúsculos el papel inquietante, respirando después con fuerza, como quien despierta de una pesadilla.

¡Se había salvado!

Al salir del *restaurant*, le abordó de improviso un amigo:

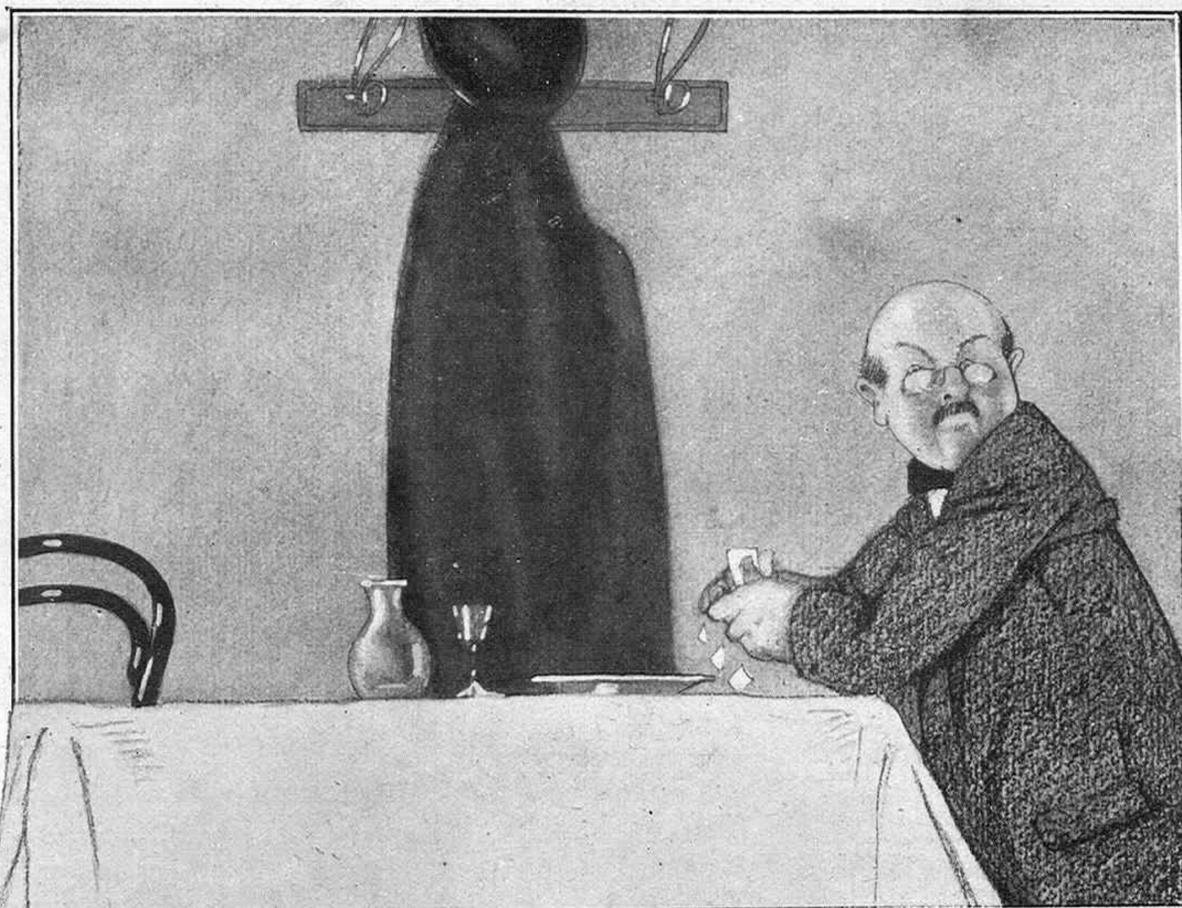
—¿Tú por aquí, García? ¡Vaya una sorpesa!... Hace meses que no nos encontramos. ¿Qué es de tu vida? ¿Ascendiste en tu empleo?

García, que ya había recuperado su alma—un alma envuelta en redes de balduque—, repuso con su habitual gesto melancólico, clavando en su interlocutor los ahuevados ojos de míope:

—No, sigo con diez mil reales, y lo triste es que todo está peor cada vez. Un fastidio, chico, vivir de esta manera. ¡Tengo unas ganas de perder de vista la oficina!...

GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

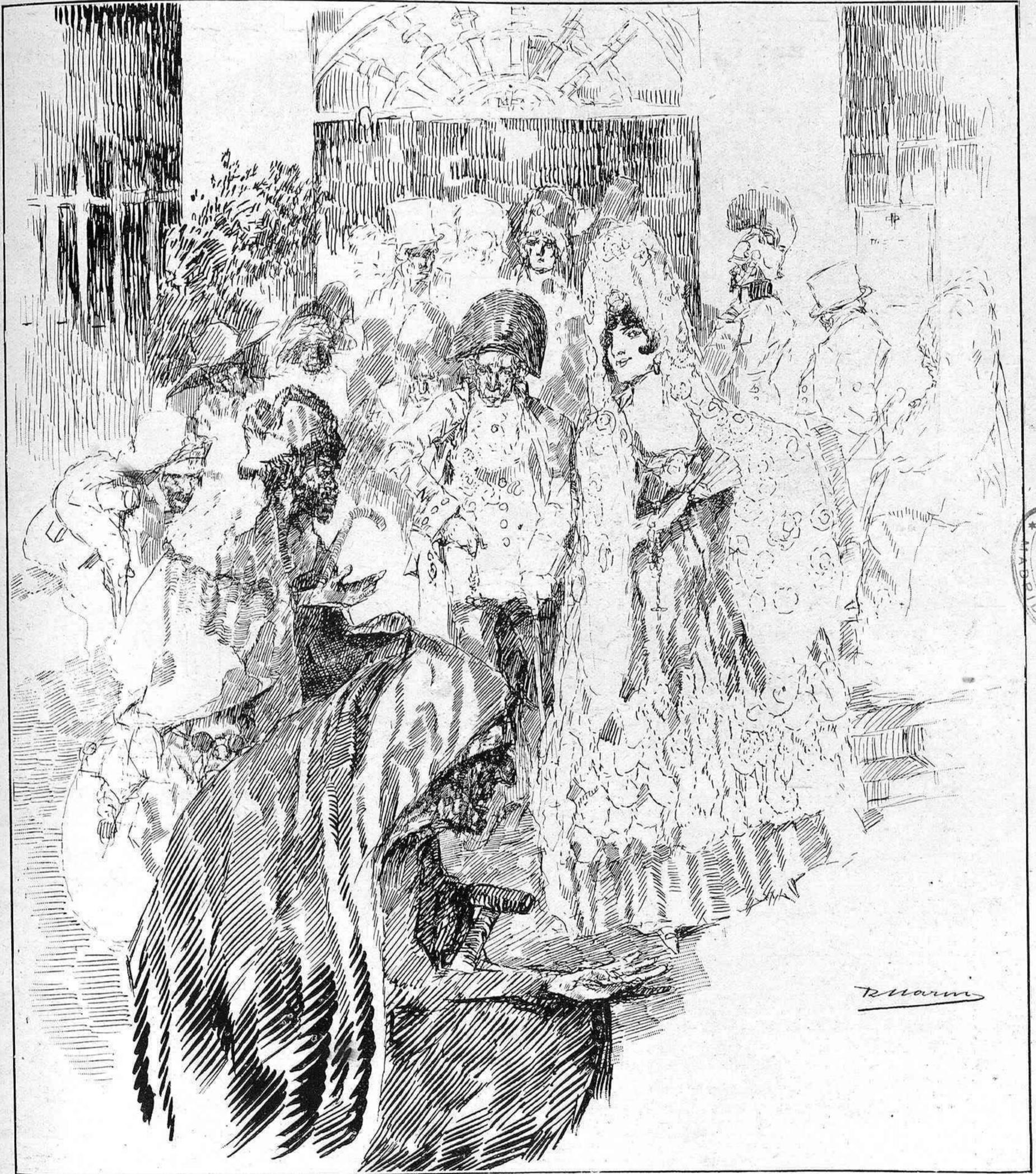


mero, sin que nunca le tocara, la suerte favorecía entonces con el premio mayor. Y García estaba aturdido, descentrado, enfermo de sorpresa... Realmente, hacía ya mucho tiempo que jugaba á la lotería sólo por costumbre, y aquel premio mayor era para el empleado un imposible al que no se atrevió á aspirar más que de una manera vaga, cuando he aquí que, de repente, se veía dueño de unos miles de duros.

Por temor al ridículo, pues podía estar equivocada la lista leída en la oficina, se guardó de revelar á nadie su secreto. ¡Oh, bien iban á rabiar algunos cuando lo supiesen!... Y sonrió á la idea de dimitir aquel empleo de diez mil reales con un gesto gallardo. Se acabó la tiranía administrativa; se acabaron los exabruptos del jefe y los informes de impecable letra, que menudeaba para no robar el sueldo como los demás. En adelante, estaría libre, y haría lo que le pareciese; por ejemplo: haría... ¿Qué haría en adelante?

Al llegar á su casa no pudo comer; ni siquiera se acordó de tomar el glicerofosfato antes de la sopa. Los compañeros de hospedaje le preguntaron si se sentía mal. No, no se sentía mal, indudablemente; pero estaba inquieto, como aplastado por la pesadumbre de su buena fortuna. García era un hombre metódico y sencillo que, sin enterarse, hizo de la rutina un culto. Le gustaba el trabajo; tenía para las comidas cierto régimen; leía siempre igual periódico; jugaba todas las tardes al tresillo en una antigua tertulia de café, y se vestía de invierno ó de verano

RECORRIENDO LAS ESTACIONES



SILENCIOSA y devotamente, con el fervor y el fanatismo de los viejos días, visitaba la gente cristiana los templos, mudos por el dolor de la conmemoración del Calvario y espléndidos con la profusión de las luces, que semejaban lanzas de oro engastadas en el chisporroteo lacrimoso de los cirios... Las damas gentiles, recatadas y honestas, garantizadas con la compañía de las dueñas, maestras en el arte de la murmuración y la tercería, rendían sus fervores ante los altares barrocos tapados con el velo simbólico, pretendiendo acallar las inquietudes profanas de sus corazones sobresaltados por la mirada insistente de un mancebo galán desde los ángulos en penumbra. Quedaban allá de la parte afuera del santo tem-

plo los galloferos y mendicantes en eterna imploración de caridad, abiertas sus lacras á la luz del sol y pendiente de los labios miserables la monótona canturía de sus duelos. Y más de una vez, cuando cumplidas las obligaciones rituales abandonaban las hermosas la casa de Dios, policromada por la luz que tamizaban las góticas ojivas, la mano mugrienta del astroso pediguño daba, á cambio de las monedas de la piedad, un billete perfumado, desbordante de poesía y de ansias, mientras en la amplitud de las naves del crucero sonaba el rumor de las preces de desagravio y relampagueaban los ojos encendidos por todos los fuegos de la pasión...

DIBUJO DE MARÍN



LOPE VA Á MISA

«—¡Vive Dios! ¡Que entró el Abril
con la faz tosca y huraña!
muestra rigores de dueña,
que no finezas de dama.
No sufrí en todo el invierno
(mi santo patrón me valga)
tan cruel trato del frío
mientras que el huerto regara...»

Con tan glaciales razones
que en los labios se le cuajan,
Frey Félix saludó al día
al despuntar la mañana.
Hundió con temblona mano
la llave por la cerraja
de la puerta del zaguán,
y envolviendo cuerpo y cara
en los pliegues del manto,
puso en la calle la planta,
añorando con placer
las tibiezas de la cama.

¡Madrugador está el Fénix!
¿Dónde va tan de mañana?
Va al hospital de San Pedro
á decir la misa de alba,
misa que manda el de Sessa
que se aplique por el alma
de cierta moza, que fué
bello imán de sus andanzas.

Al doblar calle de Francos,
un embozado le ataja
y, parándole, le dice:
—Oiga, padre, unas palabras.
—Ande y hable—le replica
Lope sin pararse nada—,
que llevo tasado el tiempo.
—Téngase, aunque le aguardara
el mismo rey—manda el otro,

con razones tan gallardas,
que detúvose Frey Félix
preguntando:

—Pues, ¿qué pasa?—
Y entre clérigo y seglar
este coloquio se entabla,
en que el odio y la medida
quieren romper una lanza:

—¿Sabéis vos que lo que hicisteis
sólo con sangre se lava,
pues quien honras embadurna
con la vida las aclara?
Tres años tras vos anduve
sin llegaros á la zaga,
y trescientos anduiera
si tantos Dios me otorgara
la miseria de vivir.

¿Acordáisos de mi hermana,
seor... rufián tonsurado,
seor... ruín de capa larga?
¡Bien salisteis de Valencia
como entrasteis en mi casa;
mas no saldréis desta calle,
que, al fin, llegó mi venganza!
—Si de mi parte hubo ofensa
(yo sé que sí, y bien menguada,
pues á la fin, somos todos
carne pecadora y mala,
que nos enciende el infierno),
ved que ya está castigada
con escucharos humilde.

—¡Vive Dios!! Que no le valgan
aquesas ropas talaras,
que más le sirven de máscara
para encubrir cobardías.
—Ved de medir las palabras,
ó... ¡voto á mí!

—¿Qué votáis?
—Siga, hermano, y no me haga
caso, que no puede darme

pesadumbre.

—¡Linda maula!
Para hacer hurtos de frutas
en fincas que tienen guarda,
es vuesaaced manilargo
y corto para pagarlas.
Pues que remitir rehusa
esta querrela á la espada,
por rufián y por cobarde
he de cruzarle la cara...—
Mostró además el furioso
de hacer buena la amenaza;
mas Lope, sin darle tiempo,
echóse abajo la capa
y exclamó:

—¡Cuerpo de Cristo,
que es mucha para aguantada
tanta insolencia! Vayamos
á donde vos diere gana,
que bajo destos manteos
visto una ropilla hidalga,
que se cayera en pedazos
si yo sufriese esta infamia.
—Al fin, en razón hablástedes,
y ello me alegra en el alma—
dijo el otro. —¿Dónde vamos?—
Toca en esto una campana
llamando á misa primera,
y haciendo Lope una magna
contracción, en que su hombría
y su condición luchaban,
tremolándole en la frase
estertores de venganza,
respondióle con voz queda
que no consiguió hacer clara:
—¡Hermano, yo, á decir misa...
y vuesaaced... á ayudármela!

Diego SAN JOSÉ

DIBUJO DE IZQUIERDO VIVAS

EL CORTEJO DE LAS SOMBRAS GALANTES

(TRADICIÓN MATRITENSE)

ENTRE las muchas hembras á las que don Alfonso, el libertino caballero, había puesto el amatorio cerco, contábase una gitanilla aubronceada que atendía al donoso remoquete de *Lucerito de Triana*, y bella era como el lucero matutino el diablillo de la mozueta.

Sus crenchas, de un negror azulino, caían sobre su cuello tostado y mórbido, y parecían un haz de negras víboras saltarinas cuando su cuerpo ondulante trenzaba los giros de alguna danza. En sus ojos, profundos y alucinados, de gran sibila, erraba una gran melancolía, como el intenso cansancio nómada y la añoranza de tanto mundo como vieran. Y cuando parlaba de amor era éste como una dulce estrella que se encendía en las cisternas hondas de sus pupilas. Flor de fiebre y locura formaban los dos pétalos de su boca, y el ámbar de su tez parecía que daba su fragancia mezclada con una intensa emanación pecadora y juvenil. Peinetas y zarcillos, pañuelos abigarrados y sayas rameadas eran su joyante indumento, cayendo sobre las piernas ágiles, dominadoras del secreto del ritmo en los bailes que se marcaba en las plazuelas públicas, acompañada del rubio panderero y de las repiqueteadoras castañuelas.

Aquel amorío con la gitana no podía ser sino puente del diablo por donde vinieron los malos sucesos, según verá el que leyere.

He aquí que en cierta ocasión hubo de recibir recado de la moza, citándole al filo de la media noche, hora propicia para no ser vista por ojos de los de su tribu, que, como todos sabéis, no perdonan el regodeo del amor con galán que no sea de su cofradía.

Más que cita de amor podía parecer conjuro, por la hora de abracadabra, y ser noche de sábado, día de las brujas, fiesta del Cabrío, momento de ensalmos y de bebedizos y fascinaciones.

Fuése allá el caballero, al lugar acordado, que era en los jardinillos que rodeaban á la Puerta de la Vega, junto á la Puente de Segovia, que veíase, no muy lejos, al claror plateado de la luna.

Acomodóse lo mejor que pudo para la espera; halagábale el corazón la tibieza de la noche, el cielo diáfano, como un mar de ensueño, y el disco lunar cual una nave de marfil en ruta á las riberas del infinito.

De su corazón de libertino ascendía, ante el hechizo nocturnal, una onda de melancolía, sedante y purificadora. Volvió los ojos al pasado y fué evocando una por una las dulces víctimas de amor, de las que él había sido galante victimario.

¡Laura, Inés, Rosa, Violante! ¡Bellas sombras burladas, guirnalda de flores mustias cuyo recuerdo se desvanecía en la memoria como una antigua música de besos, como un verso lejano del que apenas recordamos el ritmo!

Muy en lontananza sonó la media noche, tal vez en el reloj de San Pedro el Viejo, cuya campana dicen que era muy eficaz para traer la lluvia y para espanto de los demonios.

Pero muy buenos camaradas del caballero galán debían ser estos rojos y cornudos señores, porque, á pesar de la campana conjurante, no se le salían del ánimo en forma de malas ideas de liviandad.

Al recuerdo de las seducidas sólo tuvo, como remate, una cínica sonrisa errante bajo el apuesto mostacho conquistador. Y como la gitanilla se retrasara, impacientábase don Alfonso, y su boca profana hubo de proferir una blasfemia, tal vez de muy buen tono en el patio de su cuartel de granaderos.

Cuando tornó la faz vió, con asombro, que del horizonte se alzaba una gran niebla sulfúrea que, en jirones espectrales, se le aproximaba como un translúcido gigante.

No creía don Alfonso ni en Dios ni en el diablo, ni menos en apariciones. Así, magüer el lance maravilloso, se recobró muy presto y, desvainando su espadín, esperó, sonriendo, el remate de aquella extraordinaria aventura.

Al mismo tiempo todos los campanarios de Madrid comenzaron á tañer las doce campanadas de la media noche, y, al terminar, volvían otra vez con su carillón extraordinario, formando una melodía vagarosa y alucinante.

Se sintió poseso de una absurda conturbación, como si se le huyese el alma. El viento, al pasar por las enramadas del jardinillo, alzaba un clamor luengo y estremecido, como trémolos de una orquesta de fantásticos violines, y las copas de los árboles gemían como ánimas en pena. Se

sentía envuelto en un gran resplandor azulenco que le desvanecía, cual si estuviera en medio del halo fantasmal y glauco que nos muestra la luna.

De aquella niebla que avanzaba surgían voces, frescas y conocidas voces femeninas que ahora sonaban en los oídos del espantado caballero como quejumbres del más allá. Tenía la sensación de que viajaba por el aire, jinete en un pegaso de brumas, en medio de aquel ambiente plutoniano, y de que el viejo puente de piedra se le iba acercando, mientras sonaban las voces antiguas, los violines del viento y el voltear orquestal de las campanas.

Hubo un punto en que de la materia gris fueron surgiendo bellas formas, imágenes de mujeres con la carne pálida y mustia como la de los



cadáveres. Todas fueron pasando ante los ojos de don Alfonso, y de sus bocas exangües surgían palabras de una extraña melancolía.

Habló la sombra de Inés. Era una sombra larga, con los cabellos dorados y la cara blanca de luna; iba envuelta en una túnica alba, y sus ojos muertos fosforecían como la azul llanita de los fuegos fatuos.

—¿Te acuerdas de estos mis labios, don Alfonso, de mi garganta, blanca como columna de marfil, y de la pureza de mi frente? Mi fe era tuya, y la destrozaste como á blanca paloma el gavilán.

Y se alejó plañiendo, y su queja rimaba con el clamor lejano de campanas y el dulce sollozar del violín del viento.

Mas luego se llegó la sombra de Rosa; los ojos negros de sultana eran dos carbunclos fascinantes sobre la lividez del rostro. Y habló la sombra:

—¿Te acuerdas de estos mis ojos, don Alfonso? Tú los viste tras una reja florida en Granada y quedaste prendido de su maravilla. Tú encendiste en mi pecho el fiero amor de mis abuelas, las sultanas herméticas que vivieron en los magos jardines de la Alhambra. Yo te dí la más pura rosa de mi rosal. Muchas noches te esperé llorando, y tú no has vuelto nunca más. Mira, junto á mi corazón, el rojo epílogo de nuestros amores.

Y el espectro, desgarrando el cendal, mostró una ancha herida en cuyos bordes se coagulaba la sangre.

Después habló la sombra de Violante. Llevaba sobre la frente, de una blancura mística, casi azulada, unas tocas monjiles que parecían alas de paloma. Daba la sensación de una azucena tronchada ante el altar. Sus manos, idealmente finas, se cruzaban sobre su pecho, como las de las santas y las vírgenes amortajadas.

Y así habló la sombra de Violante:

—¡Ay, mi galán, mi galán! El de las donosuras de trovero y la apostura gentil. ¿Por qué me sentí morir de amor bajo tus ojos burladores? Yo era la flor más casta de mi jardín ducal. Al tener cuenta de mi deshonor murió mi noble padre, y yo expié tu traición en un convento. ¡Cuántas horas flageló el cilicio mi blanco cuerpo en flor! Pero tu recuerdo no se me iba del ánimo, aunque la sangre constelase de brillantes rubíes los nardos de mi carne. ¿Por qué me robaste el alma entre los pliegues de tu capa grana? ¡Ay, mi galán, mi galán!

Desapareció la cuitada como un penacho de incienso. Las campanas seguían plañiendo al son del coro de las gentiles olvidadas. Después, el caballero escuchó un largo rosario de palabras mentidoras, y eran suyas, y de perjurio, aquellas palabras. Eran las que él vertió en los oídos de las dulces corderas inmoladas á su embriaguez de amor, y ahora se le metían en el alma, igual que negros áspides.

Quiso sonreír, fanfarrón; mas la sonrisa quedó helada en sus labios; la mano, yerta, dejó caer el espadín, que brilló bajo la luz estelar.

Y pasaron más sombras de mujeres, y todas

le dijeron su cuita y su abandono. Después formaron un largo cortejo monótono, espectral, interminable... A lo lejos se veía la vaga forma de un ataúd, en marcha, sobre los hombros de siete sombríos mancebos; siete mancebos con rojas capas flameantes al viento; eran los Siete Pecados, y tornaban su rostro al caballero y le saludaban igual que al camarada inseparable.

Más allá del puente se extendía una negra inmensidad de aguas profundas, de donde nunca ha vuelto ningún naufrago. Sobre el cortejo lucía, amarilla, la luna, como si fuese un cirio.

Don Alfonso sintió el inmenso horror de ver una conciencia impura que se abre como una floración monstruosa.

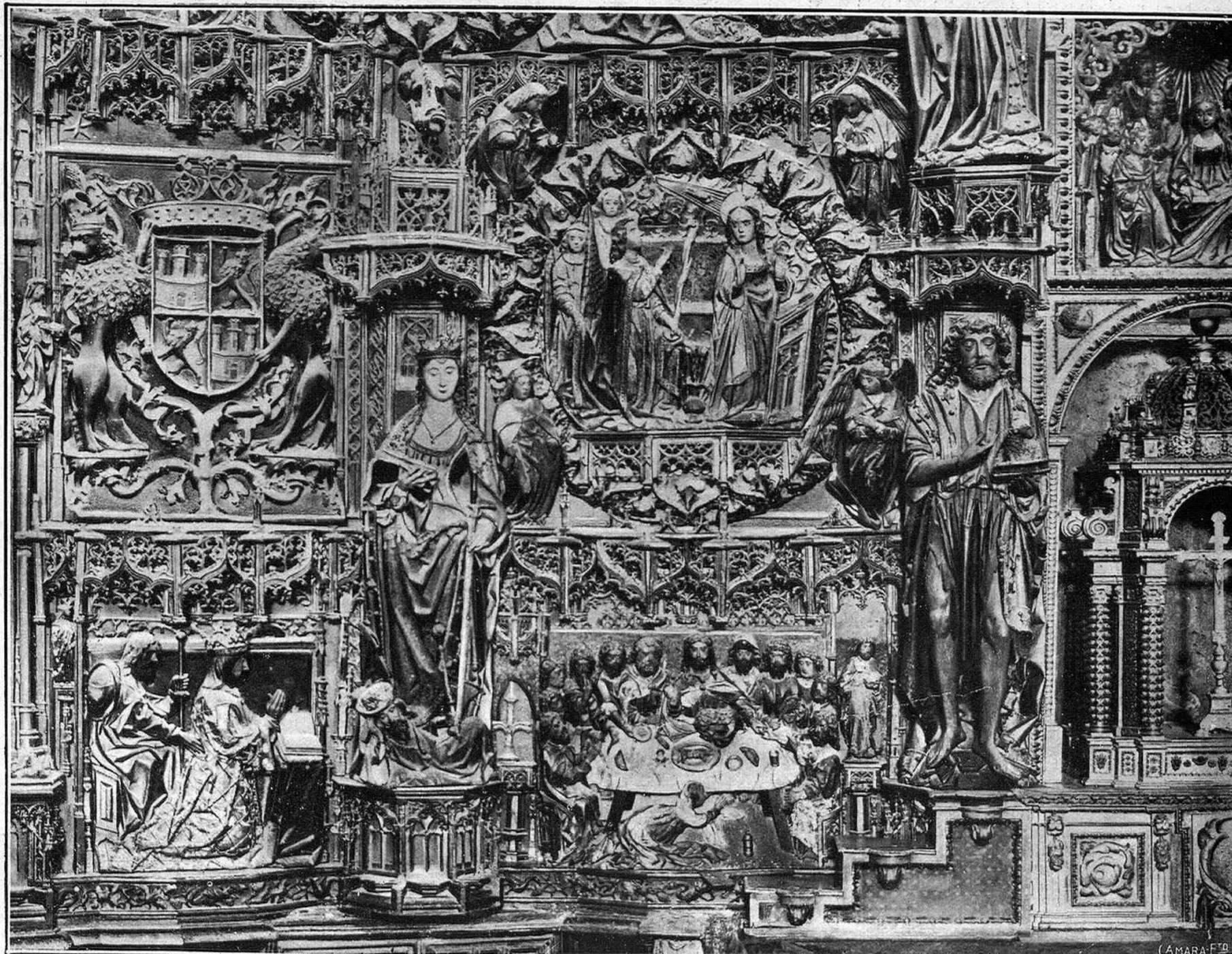
Cuando brilló la luz indecisa del alba, unos mendicantes que venían de Toledo hallaron al caballero galanteador, sin sentido, de bruces sobre el césped. Mucho tardó en recobrase, y largos días é interminables noches hubo de pasarse en su lecho, cautivo de un raro mal, con fiebres y delirios que ahondaron sus ojeras violadas, que eran cual sus blasones de conquistador.

Un mes más tarde se retiró á un convento, é hizo donación de sus haciendas, sus joyas y sus dineros para fundar un hospicio de hijos del amor, abandonados por el desamor paternal. Esta es la eterna conversión del diablo harto de carne. Este hospicio estuvo en la calle de los Cojos del viejo Madrid, y fué derribado en la revolución de Septiembre.

E. CARRÉRE

DIBUJO DE ECHEA

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



Detalle del retablo del altar mayor de la Cartuja de Burgos

FOT. VADILLO

LAS PROFÉTICAS
LOS MERCADERES DEL TEMPLO



"Los mercaderes", cuadro del Greco

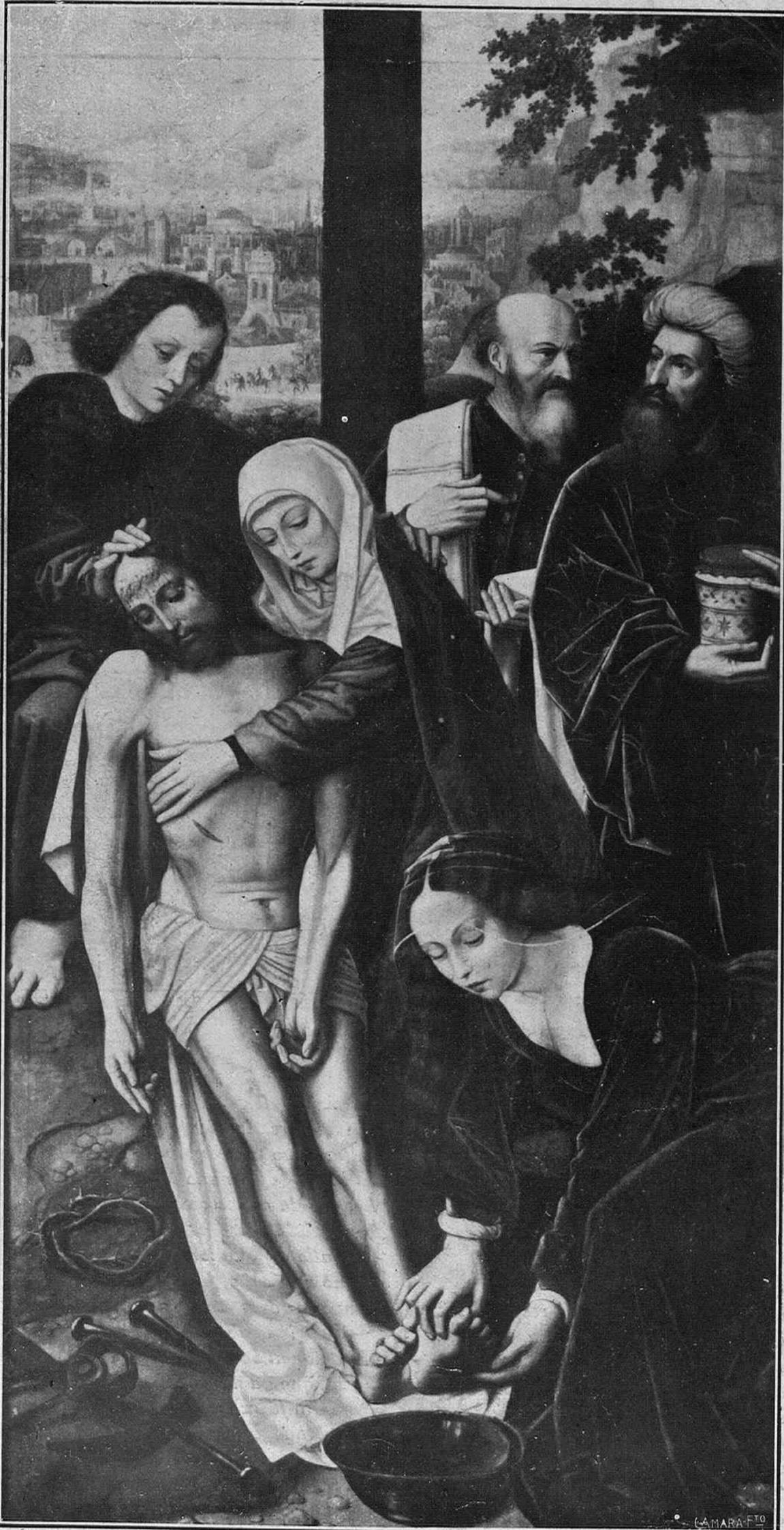
¡Sión! ¡Sión! En torno á tus sombrías torres, donde la loba de Tiberio aúlla en los escudos del Imperio, tronó la maldición de Jeremías. ¡Sión! ¡Sión! La hiedra no más al roble robará el sustento. ¡De ti no quedará torre ni asiento, ni piedra sobre piedra! ¡Sión, al dolor muda! ¡Sión, al dolor quieta! ¡Sión, que has visto á Salomé, desnuda, danzar con la cabeza del Profeta! ¡Sión, que eres la sogá de Judea! ¡Sión, cuyos dolores ha ultrajado Pilatos con su toga y ha envilecido Anás con sus lictores! Tú, de altivez ejemplo, caerás al rayo de las profecías, que sobre las soberbias de tu templo ha tronado la voz de Jeremías...

FOT. LACOSTE

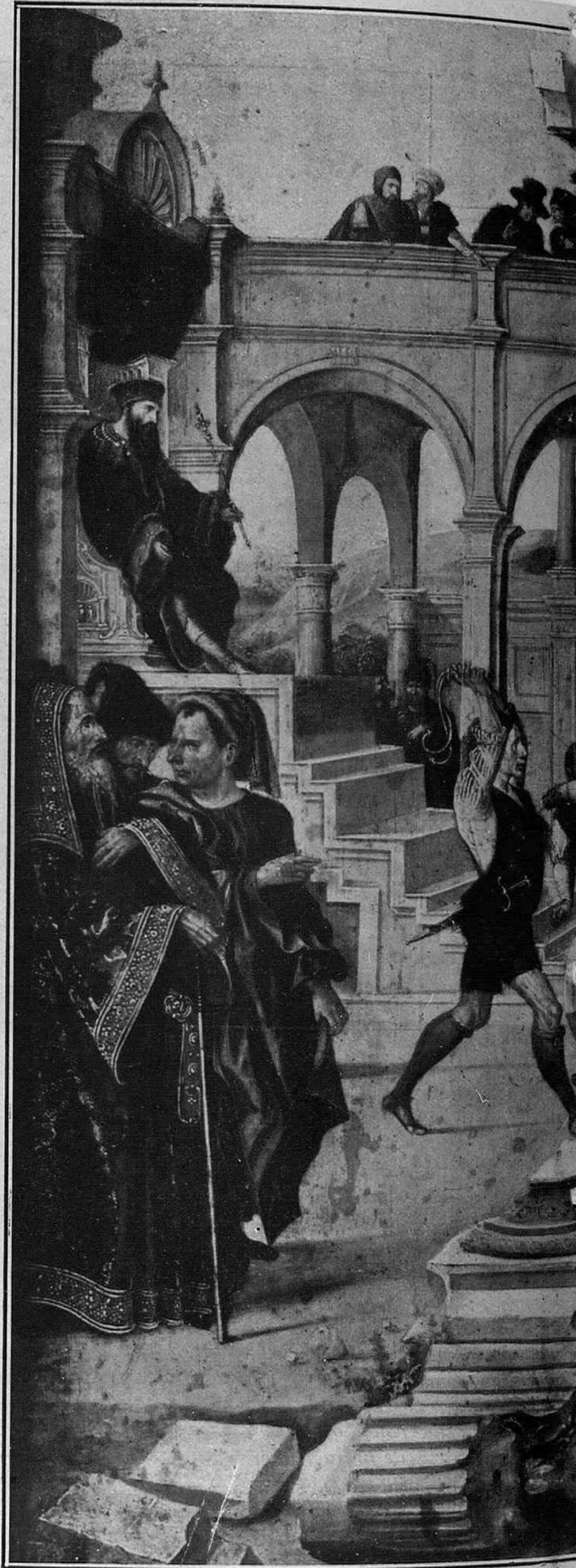
Los pórticos sagrados llenos están de mercaderes. Suenan pregones, flautas, gritos... Los soldados con hidromiel sus anchos cascos llenan. En el mármol, la viva luz del sol pone un nimbo y un trofeo en la frente arrugada de un escriba y en la túnica azul de un fariseo. Pastores de Idumea llevan en brazos blancos recentales. Un viejo lapidario se pasea entre dos sulamitas virginales. La muchedumbre varia se agolpa de repente, estremecida. Un cantor de Samaria va á cantar á Judith, á la elegida. Y lánguido, impasible en su fastidio, echada atrás la clámide bordada, un centurión, errante la mirada, dice con lentitud versos de Ovidio...

De pronto, se produce un oleaje de pánico, de gritos, de empujones... Un hombre, un viento de ira y de coraje, salta, como un león, los escalones. El látigo en la mano le restalla. La justicia en los ojos le flamea. "—¡Salid—dice—canalla! ¡Canalla explotadora de Judea!—" Como una cuña, hiende el espesor de aquella turba undosa; "—Religión que trafica es a'rentosa. ¡El amor ni se compra ni se vende! Salid, que ya mis brazos tienen la fuerza reivindicadora. ¡Salid, que ya es la hora de que salgáis del templo á latigazos!—" Y el látigo en la mano, la mirada retando al sol y la cabeza erguida, quedó solo en la altura iluminada ¡como un león guardando su guarida!...

Cristóbal DE CASTRO

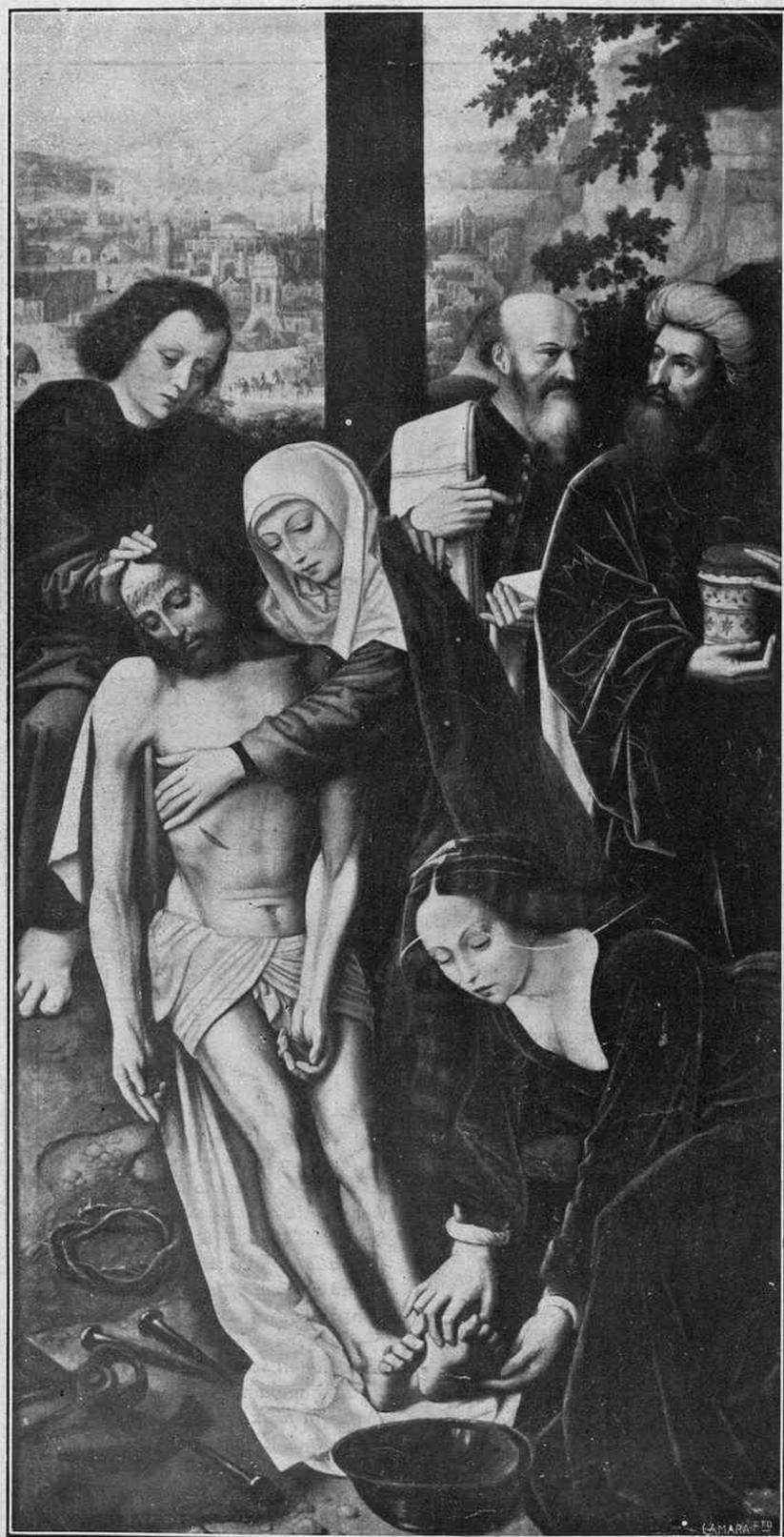


EL DESCENDIMIENTO



CRISTO EN

Tablas de la Escuela Flamenca, que



EL DESCENDIMIENTO



CRISTO EN LA COLUMNA

Tablas de la Escuela Flamenca, que se conservan en el Museo del Prado.



EL ENTIERRO DE CRISTO

ALB. BILLOTCH. MADEID.

NUESTRAS VISITAS



EL DOCTOR RECASENS

UN criado de uniforme á todo lujo, con cordones de seda, guante blanco y bandeja de plata nos abrió la puerta. Mientras nos despojábamos de los abrigos, vimos pasar, como una sombra blanca, á una bella enfermera de cabellos rubios, envuelta en gasas blancas; parecía una palomita de las nieves; al momento, en el dintel de una habitación cercana, apareció otra, y en el fondo del corredor otra.

Aquella casa, más que un piso particular, daba la sensación de un sanatorio. Oía á éter y á ozono.

Pasamos á un despacho severo y elegante. Por una pequeña puerta se comunicaba con uno de los gabinetes de consulta. Escuchamos un diálogo entre el eminente doctor y una enferma á la cual, sin duda, acababa de reconocer:

«—¿Tardará mucho en curar, doctor?»—preguntaba la voz dolida de la enferma—. «Tardará usted todo el tiempo que sea preciso; pero usted curará: yo le respondo de que curará»—aseguró la voz seca y firmísima del sabio tocólogo.

A los pocos segundos estrechábamos su mano. El doctor Recasens no es un hombre de aspecto vulgar: tiene algo de extraordinario en su figura, en sus maneras y en su expresión; algo que interesa. Sus ojos, pequeños y grises como

sus cabellos, son altaneros y dominantes. Lleva el rostro pulcramente afeitado; la nariz demasiado larga, y el cutis arrebolado. Es vivaz, nervioso; habla con vehemencia, y su conversación resulta amenísima. Conserva muy marcado el acento catalán. Viste con la sobria elegancia de un banquero inglés; aquella tarde traje gris oscuro, corbata azul prendida con un brillante y botines claros.

—¿Acaso es la hora de la consulta, doctor?—le pregunté, algo inquieto.

Hizo un gesto para desechar mi inquietud, y agregó amablemente:

—No se preocupe. Aquí cualquier hora es hora de consulta; en este momento tengo la casa llena; pero mis ayudantes pasarán la consulta, y yo, si es preciso, haré alguna escapadilla. Hablamos de lo que usted quiera.

—De su carrera.

—Pues de mi carrera.

—¿Qué influencia le indujo á escoger la de médico?

—Es curioso. Vera usted: Mi padre estuvo en la Habana dedicado al comercio, y regresó á España con una posición regular; entonces, toda su ilusión era tener un hijo con carrera. ¿Cuál debía yo escoger? Era demasiado niño todavía

para advertir mis inclinaciones. Yo estaba en el colegio, y mis aficiones á ser médico seguramente proceden de una comedia que hice por aquel entonces, que apenas tendría yo diez años. La comedia se titulaba *De potencia á potencia*; á mí me tocó en el reparto el papel del médico Don Olea Gabino de Matacanes, y aquéllo dejó en mí una huella definitiva, pues, desde aquel momento, mi familia y yo, dijimos: «Médico; el niño será médico», y médico fuí.

—¿Todo esto ocurría en Barcelona?

—Sí, señor: en Barcelona.

—¿Y era usted aplicado para el estudio?

—Le diré á usted: el primer año estuve á punto de perder la carrera, porque me trataba con lo peorcito de la Universidad, y nos pasábamos la vida con los libros cerrados y de juerga en juerga. Ya en Mayo me dí cuenta de que iba por mal camino, y rectificué; gracias á ello aprobé el año, muy apretadillo y casi por milagro; pero en el segundo reaccioné, y conseguí sacar algunos sobresalientes, y de allí en adelante todos fueron sobresalientes y matrículas de honor; á los diez y nueve años terminaba mi carrera: ya todas mis grandes ilusiones de estudiante se habían cumplido: era médico. ¿Y qué? Entonces me encontré cara á cara con la

amarga realidad de que ser médico sin enfermos es no ser nada. ¿Y los enfermos? ¿Dónde estaban los enfermos? A mí no acudía ninguno. A los dos años de médico era tal mi desesperación, que hubiese vendido mis títulos al que me hubiese asegurado quinientas pesetas mensuales. Quería casarme y no tenía un céntimo. Era desesperante. Afortunadamente, no encontré un pueblo en donde me dieran cincuenta duros, pues, si tal hubiese ocurrido, allí estaría yo ahora. ¿Qué hacer? No había enfermos. Establecí el precio de una peseta por visita, y consulta gratis en casa. Pues ni así. Yo no conseguía tomar el pulso a nadie. Entonces me agarré a las oposiciones; primero las hice para el hospital de Gerona. ¡Mal destino! Estuve allí cinco meses, y convencido de que tenía que hacerme más sabio que rico, lo abandoné. Volví a Barcelona; pasé otros cuantos meses visitando a peseta. Más tarde, hice oposiciones a Casas de Socorro, al Hospital de la Santa Cruz y, por último, al hospital de niños.

—¿Y ganó usted plazas?
—En todas partes.
—¿Ya se había usted especializado?
—No; en las Casas de Socorro empecé a especializarme en la cirugía, y más tarde en ginecología y partos.

—Y comenzaron a aumentar los ingresos.
—Sí; desde entonces no puedo quejarme. Me casé a los veinticinco años, y ya, en lo que se refiere a ingresos, siempre progresando.

—Calló el sabio doctor un momento, mientras que el criado descorchaba una botella de *champagne*; después le interrogué:

—¿Quién fué su maestro?
—Nadie—me respondió rápido—. Yo no he sido discípulo de nadie; yo no he sido ayudante de nadie; por primera vez pasé la frontera a los treinta y siete años. Todo lo que soy me lo debo a mí mismo: sólo a un esfuerzo personal: únicamente a mi voluntad.

—No obstante, entre sus colegas habría ó habrá alguno que admire usted.

—Eso sí: muchos. Por el doctor Cardenal tengo verdadera pasión, y a él le debo haber aprendido la buena técnica quirúrgica.

—Y la ginecología, ¿de quién la aprendió usted?

—De nadie. Esto se aprendió sólo con voluntad: leyéndolo cuando podía y practicándolo con atención. Nada más.

—¿Cuándo vino usted a Madrid?

—Primeramente vine a hacer oposiciones a la cátedra de operaciones el año 99. Tuve mala suerte. No gané la plaza, ó no me la dieron, que para el caso es lo mismo. Luego, el año 1902, volví a hacer oposiciones a la cátedra que tengo ahora, y... menos mal, me la dieron por unanimidad.

—Y, como es natural, se instaló usted en Madrid.

—Sí, señor; me instalé en Madrid. Y cuando abandoné mi clínica de Barcelona ganaba allí trece ó catorce mil duros al año, y los cambié por sesenta y cinco duros, que era lo único seguro que tenía yo aquí. Fué una locura; porque, si yo en Madrid fracasara, ya no puedo volver a Barcelona. ¿Y qué hago ya entonces?

—Pero desde el primer momento triunfó usted.

—Sí, señor: triunfé.

—¿Cuántas operaciones llevará usted hechas?
—Yo he practicado tres mil cuatrocientas laparotomías; se dice muy pronto. Mire usted, cuando yo me posesioné de la cátedra, me encontré con que en San Carlos se operaba poco, muy poco. Y la ginecología intensa entró allí conmigo. Ahora me hallo satisfecho de los que, habiendo sido única y exclusivamente alumnos míos, forman una verdadera escuela ginecológica.

—De los tocólogos ya en ejercicio, ¿cuál es su discípulo predilecto?

—Varios: mejor dicho, muchos. Tal vez Becerro de Bengoa haya sido y sea mi discípulo preferido.

Hizo una pausa. Bebimos unos sorbos de *champagne* y, arrellanándose de nuevo en su butaca, continuó:

—Por lo que yo siento afición, por encima de todo, es por la enseñanza: la ilusión mía es tener discípulos, para que ellos se encarguen de que mi especialidad no se quede rezagada en relación con ningún otro país. Estimo que la formación de discípulos es una satisfacción tan grande como la de constituir una gran familia.

—¿Cuántos niños le deberán a usted la vida?

—¡Oh!, ¡qué sé yo! Se podría formar un pequeño mundo con todos los que he hecho vivir.

—¿Asiste usted mucho?

—No; yo me arreglo de manera que no pasen de veinticinco partos al año. Mi trabajo más interesante y principal está en las operaciones.

—Creo que tiene usted instalada una clínica magnífica.

—Cuando en Alemania comenzó a hablarse de los excelentes resultados del *radium* y de los rayos X, yo tuve la valentía de gastarme treinta mil duros en esta instalación, sin saber, a punto cierto, los resultados; ahora me encuentro con que son superiores a todo lo imaginable. Menos mal.

—Entonces, ¿es eficaz el *radium*?

—Con su aplicación se consigue curar un sesenta ó setenta por ciento de los cánceres de matriz; las treinta ó cuarenta restantes se mueren; ¿qué le hemos de hacer?

—¿Cuál es el rasgo más característico de su espíritu?

Meditó un momento.

—Hombre—murmuró lentamente—, ¿qué ras-

—¡Fué espantoso! ¡A mí se me mató un hijo a los quince años! ¡A los quince años! Se destrozó la cabeza. ¡No hay en el mundo dolor más grande que éste! ¡No sé ni cómo vivo!

Y la angustiada voz del noble padre se ahogaba en su garganta y se deshacía en sollozos.

Respeté en silencio su pena.

—En fin—exclamó, secándose los ojos—. Dejemos los espectros del dolor para las soledades.

El momento no podía ser más propicio para una pregunta que, por tratarse de él, llevaba meditada, y...

—Doctor: ¿es usted materialista, ó espiritualista?

—No soy materialista. No me satisface ninguna de las teorías que hay sobre el espíritu; pero no soy materialista: me subleva la idea de que la vida no represente más que esto, el tiempo que estamos en la tierra.

—¿Es usted religioso?

—Sí; con poco ejercicio.

—Luego entonces, usted cree que, tras la muerte, nos aguarda un *más allá*.

—Hace mucho tiempo que no quiero pensar en ello: me resigno a aceptar la verdad revelada, que es lo más grato, y renuncio a pensar por cuenta propia.

—¿Es usted rico?

—Soy un hombre desordenado en mi administración. No soy ahorrativo. Vivo espléndidamente. No sólo yo, sino todo lo que me rodea. Creo que el único goce que proporciona el ganar dinero es gastarlo después. El presupuesto de mis gastos al año pasa de treinta y seis mil duros; el de mis ingresos tiene que ser superior; ahí queda lo que queda. Yo no sé a cuánto ascenderá.

—¿Qué tal carácter tiene usted?

—Para mí, malo, porque me enfado. Y yo quisiera enfadar a los demás, sin enfadarme yo.

—¿Piensa usted ejercer siempre su carrera?

—Hasta ahora había pensado ejercer siempre; ahora, que creo haber llegado a la meta de lo que se puede hacer, acaricio la ilusión de ser útil al país, y aspiro a ser político universitario.

—¿Tiene usted buena salud?

—Aparte de un par de achuchones de reuma, no tengo nada; no sé todavía el portillo por donde me he de marchar.

—¿Cuál es el país que más le interesa en medicina?

—Alemania. Con la guerra, la ginecología se ha estancado allí, como en todas partes.

—¿Su especialidad le proporcionará grandes satisfacciones?

—Sí, estupendas; hay veces que llega uno tan oportunamente para salvar una existencia... Pero las satisfacciones no alargan ni un día la vida, y, en cambio, los disgustos que proporcionan los enfermos la acortan, como lo demuestra el promedio de mortalidad de los cirujanos.

—¿Qué conceptos tiene usted? La mujer, ¿es sufrida?

—¡Oh, mucho! La mujer, en conjunto, tiene un valor que no es comparable absolutamente con lo pusilánimes que somos los hombres. El hombre es valiente por circunstancias; la mujer es valiente por naturaleza a todas horas, y deliberadamente.

—¿Duerme usted mucho, doctor?

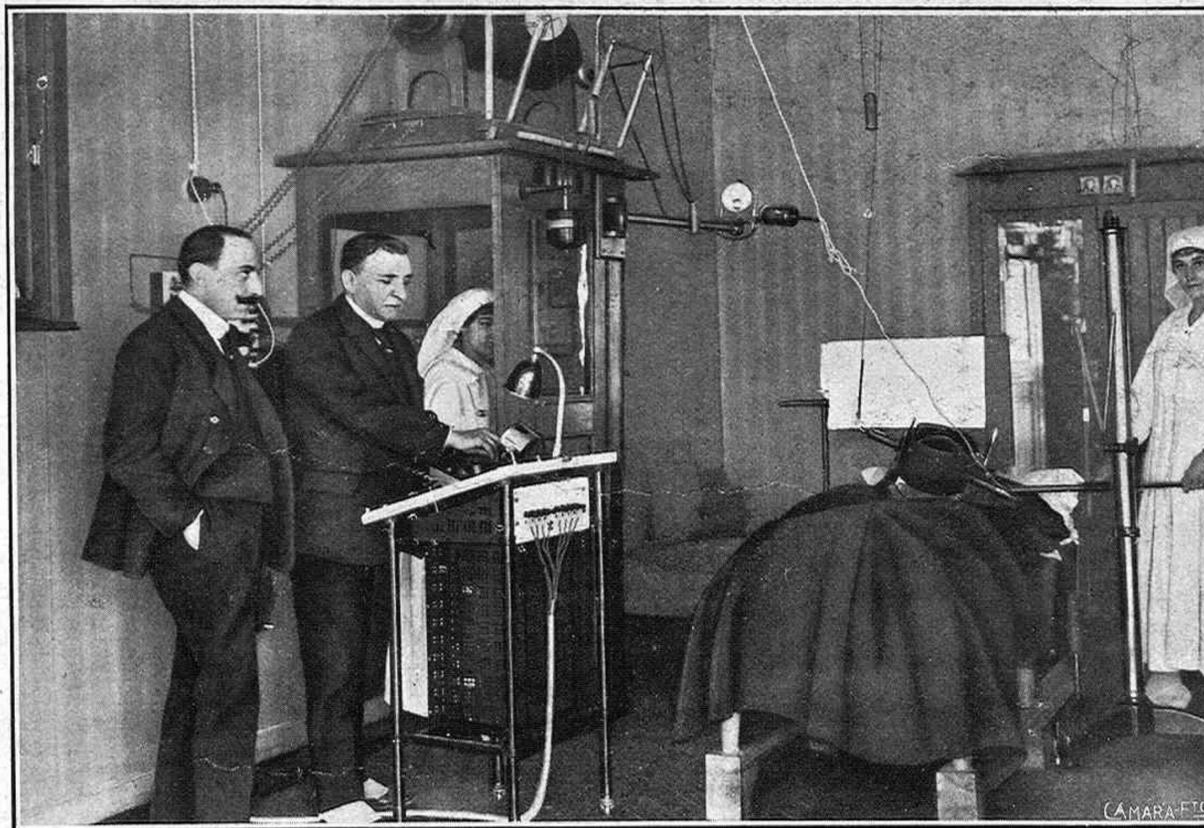
—No, señor: cinco horas. Yo voy al Real todas las noches; yo escribo libros; yo acudo a mi cátedra todos los días a las ocho en punto.

—¿No falta usted nunca?

—Jamás. La cátedra es lo primero. A mí no me ponen faltas los alumnos.

La conversación expresiva é interesante del doctor nos había cautivado; pero anochece, y los enfermos esperaban.

EL CABALLERO AUDAZ



El doctor Recasens en uno de sus gabinetes de radiología

FOTS. CAMPUA

go será el mío? La... ¿cómo lo diré yo? La impetuosidad en mis decisiones, ó ¡la inquietud tal vez! Sí, la inquietud, que no puedo estar quieto un segundo.

—¿Cuál es el día más feliz que ha tenido usted en su vida?

—El día que gané las oposiciones a la cátedra que hoy desempeño.

—¿Y el día más desgraciado?

El rostro del sabio doctor se llenó de tristeza, una amarga tristeza que casi no le dejaba articular palabra.

—No hablemos de él—dijo con voz transida de amargura.

Tras unos segundos de silencio, yo insistí:

—¿Alguna gran desgracia?

Fué mi pregunta la tea que incendió el recuerdo doloroso del doctor. Entre hipo de llanto, desesperadas voces de rebeldía y los ojos arrasados en lágrimas, exclamó, apretando los puños con desesperación de vencido:



CUENTOS DE "LA ESFERA"



EL ALMA SIN CUERPO

Poco á poco, arrastrando sus pies descalzos, sucios y deformes, poniendo su fugitiva sombra contra los escaparates iluminados y rebosantes, abriéndole paso la muchedumbre en holgura, temerosa de rozar sus harapos, Lázaro se alejó de la ciudad.

La distancia asordó el ferial rumor. Entre las calles centrales y las rúas excéntricas, flotando en deslumbrados esplendores ó reptando por rembrancesos contrastes de lívidos reverberos y rincones sombríos, quedaban los mil rumores de la ciudad.

Lázaro entraba mientras tanto á remansos de silencio, de frío y de obscuridad. Bajo sus pies crujía y se resquebrajaba la tierra endurecida. Sobre su cabeza de mendigo, el cielo resplandecía con los quietos brillos de sus luminarias siderales, más alto, más inaccesible que nunca.

Desolado aspecto tenía en la invernada noche el campo informe; árido, donde la ciudad desaguaba sus fábricas, y los montes, cubiertos de detritus, ofrecían guarida á los miserables.

Lázaro adelantaba por ella sin titubeos y sin emoción. Cegaran de súbito sus ojos enrojecidos, y no cambiaría aquella seguridad en la marcha á través de las sombras espesas y mudas.

Tenía las barbas grises, innobles, surcadas de los mismos parásitos que le punzaban las carnes renegridas. Se le extendía sobre el rostro, como una máscara, la fiera estupidez de su cerebro. Y se coció insensible en el dolor y la miseria su corazón, con la misma insensibilidad que pisaban sus pies desnudos aquella tierra de carbón que la escarcha hacía fulgir de ilusorios diamantes.

Lázaro encontró su cubil. Le sangraron las manos rascando su oquedad en la tierra del desmonte. Amplió el agujero con un pedazo de teja, y una noche que lo encontró ocupado, volvió á mancharse de sangre las manos; pero esta vez ajena, con lo cual adquirió el derecho á ser respetado.

El mendigo se acurrucó en el cálido y exiguo abrigo. Buscó, por una atávica é instintiva superstición de posibles milagrosos, en el zurrón. No tenía nada que morder con sus dientes temblones y escasos, nada que cayera en el odre vacío de su estómago. Había cruzado por entre la multitud sin tender la mano escamosa, sin somormujar una súplica que le temblara las barbas lacias y sucias como las de un macho cabrío. Y por delante de las pirámides de frutos y comestibles pasó como si no las viera, en esa extraña actitud de los desesperados que retrasa demasiado los motines y las reivindicaciones.

Seguro ya de que el zurrón no contenía nada, se rascó furiosamente, gruñó, y hundiendo la cabeza sobre el pecho, aguardó el sueño.

Lentamente, el alma le fué abandonando...

ooo

Era la suya un alma cautiva, de la que no fué nunca digno. Un alma caída casualmente en la arcilla de su cuerpo, y que él ignoró á lo largo de los años. Un alma que asistía impasible, muda é inmóvil al desarrollo de la vida embrutecida de su cuerpo. Nada les ligó jamás; y si esto le evitó darse cuenta de su infortunio, no le inquietó tampoco en nobles impulsos ó en ideas redentoras. Lázaro no dormía como los demás hombres;

no conocía esa otra segunda vida del sueño que el misterio atormenta ó acaricia. No pudo prolongar, después, cuando los ojos se abren á los reales espectáculos, continuar las rutas iniciadas por la subconsciencia.

Caía en letargos absolutos, olvidados de toda ilusión. Muerto parecería si en su cuerpo no continuaran los bajos y animales ritmos. Era entonces cuando el alma cautiva se libertaba y recorría las ajenas existencias y las apartadas regiones y los sentimientos afines.

Esas mujeres tristes y radiantes—paralizada en una expresión desdeñosa y fría toda la exuberancia carnal y el apasionado erótico siempre encendido de sus entrañas—que van al lado de un hombre viejo, huraño y sórdido, hacen pensar en el juvenil amante, acechando la hora del desquite. El alma de Lázaro era como una de esas mujeres de fatal adulterio.

Y volvía, igualmente insatisfecha, á encerrarse con silencios hostiles y yertas rigideces de incomprendida en el cuerpo de Lázaro, que, antes de ser mendigo, fué golfillo sin madre, rufián de ramerías, soldado, faquín de muelle...

ooo

Vendió Lázaro periódicos en las noches de la ciudad populosa é indiferente. Primero su voz feble, sus manitas amoratadas y aquel zambó correr entre las piernas de la gente, atraían los compradores; luego los asediaba con dicharachos sóeces, con audacias plebeyas que rubricaba sus ademanes pícaros y su voz precozmente enronquecida, y que hacían reír á los señoritos de club y de holganza.

Quando, en sus inconscientes letargos, el alma acudía á claros recintos y jardines serenos, donde los niños reían felices bajo el buen sol y las miradas maternales, se sentaba á las cabeceras de las cunas y dialogaba con las almas niñas, que el sueño agitaba y que, no siendo cautivas, permanecían gustosas dentro de los pequeños cuerpos, prolongándoles las bellas visiones.

Más tarde acudió á las clases donde bullían contenidos alborozos y reflexivas curiosidades; á los gimnasios, donde los cuerpos adquirían el don de las armónicas actitudes y la salutaria fortaleza.

ooo

Ignoró Lázaro el amor, no el vicio.

Y, mientras tanto, su alma seguía los idílicos senderos de los novios que se ruborizan mutuamente al tropezar sus manos y buscan ánimos á su verbal timidez en las amadas pupilas, veladas por un dulce languor.

Recostaba sus impalpables brazos en la misma pétrea balaustrada donde una muchacha bañaba en luz de luna sus pensamientos. Se inclinaba sobre el hombro del adolescente que escribía palabras fulgurantes y cálidas.

Incluso acompañó un cortejo nupcial, y se alegró en el festín; mimó sobre las danzas de los invitados esas aéreas actitudes de las bailarinas de los clásicos frisos, cuando los esposos franquearon la puerta que les abría una vida nueva.

ooo

Carne de cuartel, carne de cañón fué Lázaro. Barría las cuadras, se le agrietaban los pies en caminatas interminables, hundía su bayoneta en pechos enemigos ó disparaba su fusil á invisibles hombres, tan infortunados como él. Sufrió de hambre, de sueño y de fiebre. Le golpearon otros hombres que tenían galones de estambre, de plata ó de oro...

Pero al caer en los letargos profundos, su alma reencarnaba en aquellos guerreros cantados por Homero, evocados por los castellanos romances ó que galopan por la epopeya napoleónica.

Presenciaba y dirigía los combates desde lo alto de un montículo. Señalaba evoluciones de millares de hombres con su mano enguantada

que empuñaba el corto bastón de mariscal. Revistaba las tropas, y los pendones acribillados de balas y cubiertos de gloriosas corbatas se inclinaban ante él. Entraba á imperiales palacios, y el monarca le tendía las manos para recoger de ellas nuevas tierras de conquista...

ooo

¡Qué años tan oscuros y tan cóncavos los de cargador del muelle! Crujían sus costillas bajo sacos y cestos y flejes de hierro. Iba y venía centenares de veces sobre el mismo trozo de suelo viscoso y resbaladizo, entre el chirriar de las grúas, los silbatos de las locomotoras y el lamento largo, ondulante de las sirenas. Oía el agua presa dentro de los muelles á orgánicas descomposiciones, y en el fondo de las barcazas, como sus corazones enormes, se encendían fogaradas durante los crepúsculos, mientras, sin saber de dónde, pedían sitio en el aire las notas de un acordeón.

Roncaba Lázaro sobre la tabla mugrienta de una taberna del puerto ó sobre unos cordajes endurecidos por el agua del mar, y su alma viajaba más allá de los horizontes.

A veces en aquellos blancos barcos del Norte brumoso, entre los tripulantes de pelo de lino y ojos de turquesa. A veces en un moderno transoceanico, en la cámara florida como un jardín, de altas columnatas y alfombras espesas y metidas con damas escotadas y caballeros de frac, mientras la música desleía valsés románticos y el buque surcaba el doble misterio del mar y de la noche.

Saludaba al sol en las áreas islas tropicales, entre el fresco y enervante perfume de los frutos exóticos, al lado de una criolla siempre pronta al amor y bajo las cúpulas de los árboles enormes, donde empezaban á bullir los gritos ásperos y los colores rutilantes de las aves maravillosas...

ooo

¿Y á qué sitios marchó el alma del Lázaro mendigo? La noche invernal y su desamparo le hicieron desear el espectáculo de familiares esparcimientos, y pensando en aquel viejo mendigo que era su cárcel cotidiana y que no supo dar á su vida una orientación buena, el alma se buscó la

compensación de un viejecito que presidía la mesa donde se sentaban sus hijos y sus nietos, y hasta sus bisnietos...

Eran todos, hombres y mujeres, de holgado vivir y gallarda presencia. Disfrutaban de su fortuna y de su felicidad. Los niños cercaban al viejo y le sonreían y le hacían preguntas y le acariciaban las barbas blancas. Alegrementé chisporroteaba el fuego en una chimenea señorial, cuyo resplandor enrojecía los seres y las cosas como en los románticos cromos de Noél...

Pero cuando el alma retornó en busca del cuerpo de Lázaro, ya iniciadas las primeras opalescencias de amanecido en el súbito silencio de la ciudad y de los campos, el cuerpo de Lázaro había muerto. Estaba rígido, helado, encogido en el fondo de su cubil y con esa mueca trágica de los que mueren de hambre y de frío.

El alma retrocedió lentamente por la tierra, más triste, más desolada en aquella hora pálida é indecisa... Frío sentía también el alma, é incluso echó de menos su cárcel de tantos años.

En los boquetes de los desmontes veía cuerpos dormidos. Se acercaba á ellos. Todos tenían su alma, menos míseros que Lázaro. Almas resignadas ó rebeldes, humildes ó envilecidas, pero bien ligadas á los cuerpos para aumentar su miseria ó libertarla de ella...

El alma de Lázaro entró en la ciudad. Siguió por las calles desiertas, con las casas negras, hostilmente cerradas. Canes famélicos aullaban...

Y de pronto vió un palacio, cuyos balcones, iluminados, le atrajeron. Atravesó los cristales, que la luz encalidecía de cadmio resplandor. Cruzó los salones suntuosos, los pasillos, por donde iban y venían criados y camaristas.

Pasó por una cámara llena de damas con pomposos vestidos, de cortesanos y militares con relucientes uniformes, y entró á una alcoba donde, en un lecho suntuoso, una mujer sentía desgarrarse las entrañas para dar vida á un nuevo sér.

Y el alma de Lázaro el mendigo se empequeñeció, se anió y entró en el cuerpo de aquel nuevo sér que no precisaría abandonar nunca para sentirse feliz...

José FRANCÉS

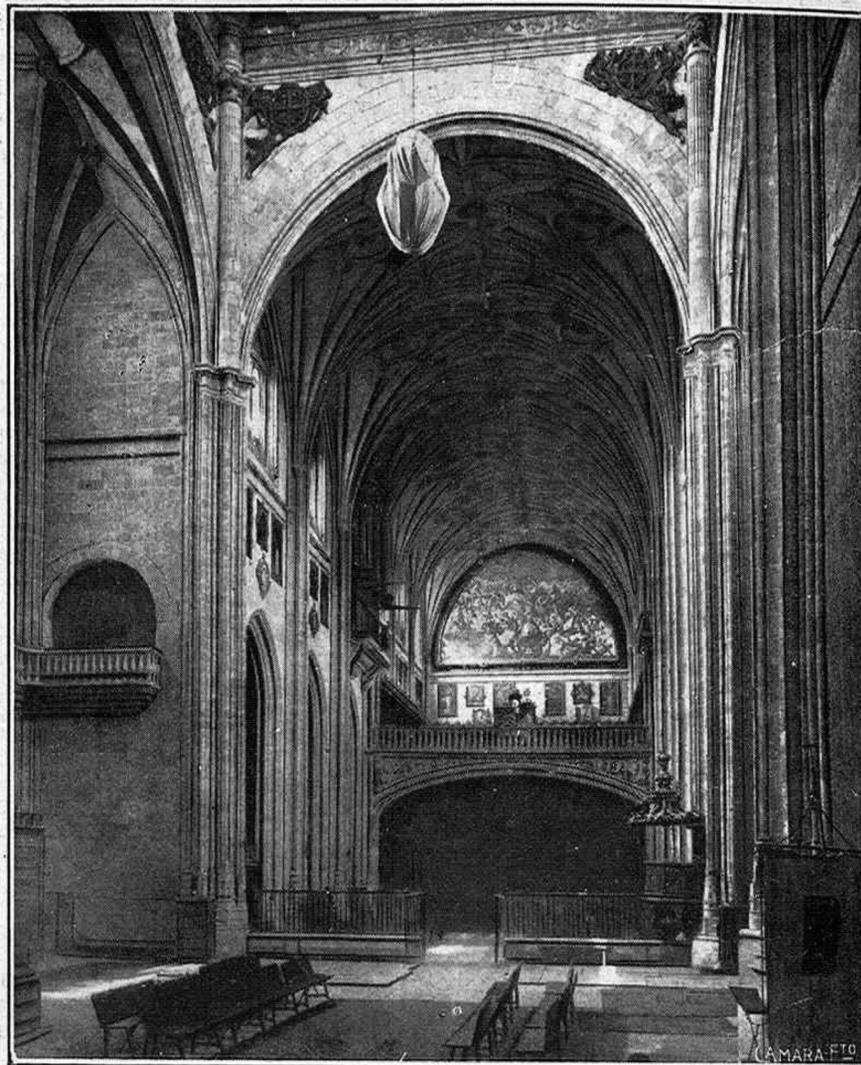
DIBUJOS DE BARTOLOZZI



BARTOLOZZI

MONUMENTOS ESPAÑOLES

EL CONVENTO DE LOS DOMINICOS, DE SALAMANCA



Galería del claustro é interior de la iglesia de Santo Domingo, llamada también de San Esteban

El convento que se alzaba majestuoso en donde hoy luce sus galas arquitectónicas el de San Esteban, presencié las maravillas de San Vicente Ferrer, cuyas predicaciones atestiguan una cruz de piedra en el contiguo cercado de Monte Olivete. Hay una piadosa tradición, según la cual, en esta cruz rezó Nuestro Señor Jesucristo. El convento hospedó, en 1484, á Cristóbal Colón, si bien no falta quien lo ponga en duda, aunque existen algunas pruebas que parecen indicarlo, y la fama hace correr por Salamanca, de generación en generación, que los frailes sabios de aquel entonces, versados en las matemáticas, le animaron y hasta le auxiliaron en su noble empresa. A Fray Diego de Deza, y al convento de San Esteban, dice Quadrado, debieron los Reyes Católicos las Indias, como escribía su descubridor; y, por sólo este hecho, bien merece ser conocido el dicho monasterio, por lo menos tanto como el desfigurado proceso de Galileo, y servir de contrapeso siquiera á las inexactas declamaciones contra el obscurantismo clerical.

En mi visita al convento fui acompañado por los padres Manuel Martínez y Secundino Martínez, dominicanos de claro talento y de amabilidad sin límites, que me hicieron cortísima la estancia é ilustraron mi curiosidad con su particular gracejo.

Procuraré recordar fielmente nuestra conversación para que los lectores de LA ESFERA se den cuenta de lo que es el convento, de los anhelos de los padres dominicos y de lo que yo entiendo que debería hacer la Junta de monumentos con los que, como este de Salamanca, son joyas de inapreciable valor.

En 30 de Junio de 1524 se colocó la primera piedra de esta soberbia construcción, que trazó y empezó Juan de Alava, continuándola después Juan de Rivero, con Pedro Gutiérrez y Diego de Salcedo. Duró la obra hasta 1610, y en ella se ocuparon, además de los dichos arquitectos, nueve pintores, seis escultores, veintidós tallistas y ochocientos operarios, siendo su coste alrededor de un millón de reales. Sus estilos son diversos; la gótica crestería de los dobles botareles que flanquean la nave y las capillas se combinan sin

disonancia con la rica y suntuosa fachada plateresca, y ésta con la jónica galería que sirve de atrio al convento. El majestuoso cimborrio cuadrado, con sus tres aberturas de medio punto en cada cara; los robustos estribos de la capilla mayor, el rojizo color de los sillares, el puente que, por encima de una calle, conduce á la entrada, costeadó, como el atrio, por el sabio teólogo Fray Domingo de Soto, y marcado con su divisa—unas manos asidas arrojando llamas, y por lema «*Fides quæ per dilectum operatur*»—, completan la perspectiva exterior del monumento. Forma la portada una especie de retablo, minucioso, cuajado de prolijas labores, no extremadas en delicadeza, mostrando entre las pilstras del primer cuerpo cuatro estatuas de santos de la Orden, con sus doseletes, y cuatro de los doctores de la Iglesia entre las del segundo. A principios del siglo xvii labró el milanés Juan Antonio Ceroni, el gran relieve del martirio de San Esteban en el fondo del nicho colocado encima de la puerta. El centro del tercer cuerpo lo ocupa el Calvario, y otras figuras de santos los intermedios de sus abalaustradas columnas. Todos los costados son abrigados y sombreados por el mismo estilo. Nada hay allí desnudo y mezquino, respecto de tanta magnificencia, sino el remate triangular y la espadaña.

Nave espaciosa, de excelentes proporciones; seis bóvedas apuntadas formando vistosos pabellones, esmaltados de grandes claves doradas; pilares bocelados; ventanas, compuestas de tres medios puntos iguales, con rosetón encima, en los cuales existen restos de vidrios de brillantes colores; seis capillas de alta y gallarda ojiva á cada lado, y más allá de la reja divisoria el amplio crucero; la cuadrada, cúpula asentada sin pechinas, por cuyos triples ajimeces de estriadas columnas entra á raudales la luz; la cuadrilonga y vasta capilla mayor, continuación de la expresada nave... Todo esto se ve desde la puerta, una de las más hermosas imitaciones góticas del siglo xvi. Deslucen aquel conjunto bello el salomónico retablo de Churriguera, para cuya construcción hizo cortar el duque de Alba cuatro mil pinos. Engasta aún éste en sus nichos dos joyas de gran precio: en el principal, la bizanti-

na efigie de Nuestra Señora de la Vega; en el de arriba, el célebre lienzo de la muerte del protomártir, última obra del insigne Claudio Coello—por el cual le dieron 1.500 pesetas, en tanto que el retablo hecho por D. José Churriguera costó 154.000 reales—. A los pies del templo se levanta, sobre tres rebajadas bóvedas, el ancho coro, cuya sillería, de estriadas columnas, labró en 1651 Alfonso Balbás, á expensas de Fray Francisco de Araujo, obispo de Segovia. Cubre su testero el celebrado fresco de Antonio Palomino, que representa la apoteosis del santo patriarca y las glorias inmortales de su Orden—pasa por la obra maestra del autor del *Museo pictórico*—; en el lado izquierdo del crucero, sobre el altar de la Virgen del Rosario, y en la capilla del Cristo de la Luz, aparecen otros frescos pintados por su coetáneo Villamor. Las capillas son armónicas con la central, y en la de las reliquias se conserva buen número de éstas, á las que no se da culto por haber desaparecido, en la guerra con los franceses, los justificantes de su veracidad. En esta capilla se guardan las cenizas del gran duque de Alba, don Fernando, terror de Flandes y conquistador de Portugal.

La sacristía, alta y magnífica, con sus tres bóvedas adornadas de casetones con sus hornacinas revestidas de frontones y pilastras de orden corintio, y su cornisa un tanto barroca, la costeó Fray Pedro de Herrera, obispo de Túy, cuya efigie, arrodillada, se ve en un nicho alto, enfrente de su urna. En la sacristía se guarda un verdadero tesoro en ropas de iglesia, ricamente bordadas, y de múltiples y variados colores. Los vasos sagrados también son valiosísimos, entre ellos un cáliz de inapreciable valor.

La escalera colgante, de arco atrevido, aristada bóveda y balaustrado antepecho, debajo de cuyo tramo superior resalta una hermosa Magdalena, y que conduce al primer piso, se debe á Fray Domingo de Soto, que fué lumbrera del Concilio Tridentino, y que quiso que lo enterrasen al pie del primer peldaño.

La crucería de sus ánditos es elegantísima; sutiles pilares estriados subdividen sus grandes arcos en cuatro ó tres, hasta el arranque del medio punto, que cierran con poca gracia.



Interior de la sacristía

FOTS. LACOSTE

En la actualidad está instalado dentro de su recinto el Museo Salmantino, poco numeroso en objetos ciertamente. En el centro del patio principal se eleva el templete, y en otros patios inmediatos se ven dos antiquísimos pozos, cuyos hierros son notables.

De propósito hemos dejado para el final el refectorio, en el que ha tolerado la Junta de conservación de monumentos que manos villanas lo decoren, por sólo el motivo de que el donante de las pesetas para dicha obra lo impuso al artista que había de ejecutarla. Más valiera haber dejado las paredes en blanco que tolerar tamaño desmán.

También en uno de los patios se ve truncado el estilo arquitectónico por un piso hecho a la mitad de las columnas, resultando que en el piso

superior tienen capiteles las columnas, con los que se tropieza al romper en arcos de medio punto, y el piso inferior carece de este adorno por la hazaña cometida. ¡Intolerable, señores conservadores de los monumentos nacionales! Intolerable es también que uno de aquellos hermosos claustros esté derruido en uno de sus costados, teniendo que pasar los dominicos y los visitantes pegados a la pared contraria si no quieren caer a una sima. Igualmente es intolerable que la biblioteca de aquella santa casa no esté amueblada decorosamente, ni resguardados sus libros como debieran, para evitar los destrozos del tiempo.

Quéjense, con razón sobrada, aquellos sabios varones, de la ninguna intervención que tienen en las obras que se ejecutan, y yo entiendo que,

puesto que existe un presupuesto para esos fines, deben tener intervención los sabios dominicos de San Esteban. Es más: creo que ellos lo harían mucho mejor que hasta ahora lo hizo la Junta encargada de velar por la conservación y restauración de los monumentos españoles; Junta de cuya pericia tenemos tristes recuerdos en nuestra Alhambra de Granada.

Vasto es el edificio y hermosa la institución que lo habita; pero no tendría nada de extraño que, al correr de los días, en fuerza de reformas, desapareciera la belleza singular del convento de San Esteban, de Salamanca. Y esto no lo deben tolerar los Gobiernos, que han de ser fieles guardadores de nuestras bellezas arquitectónicas y monumentales.

JUAN GÓMEZ RENOVALES

BIBLIOTECA
RENOVALES

CÁMARA FOTO

MONUMENTOS ESPAÑOLES



PORTADA PRINCIPAL DE LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO, DE SALAMANCA

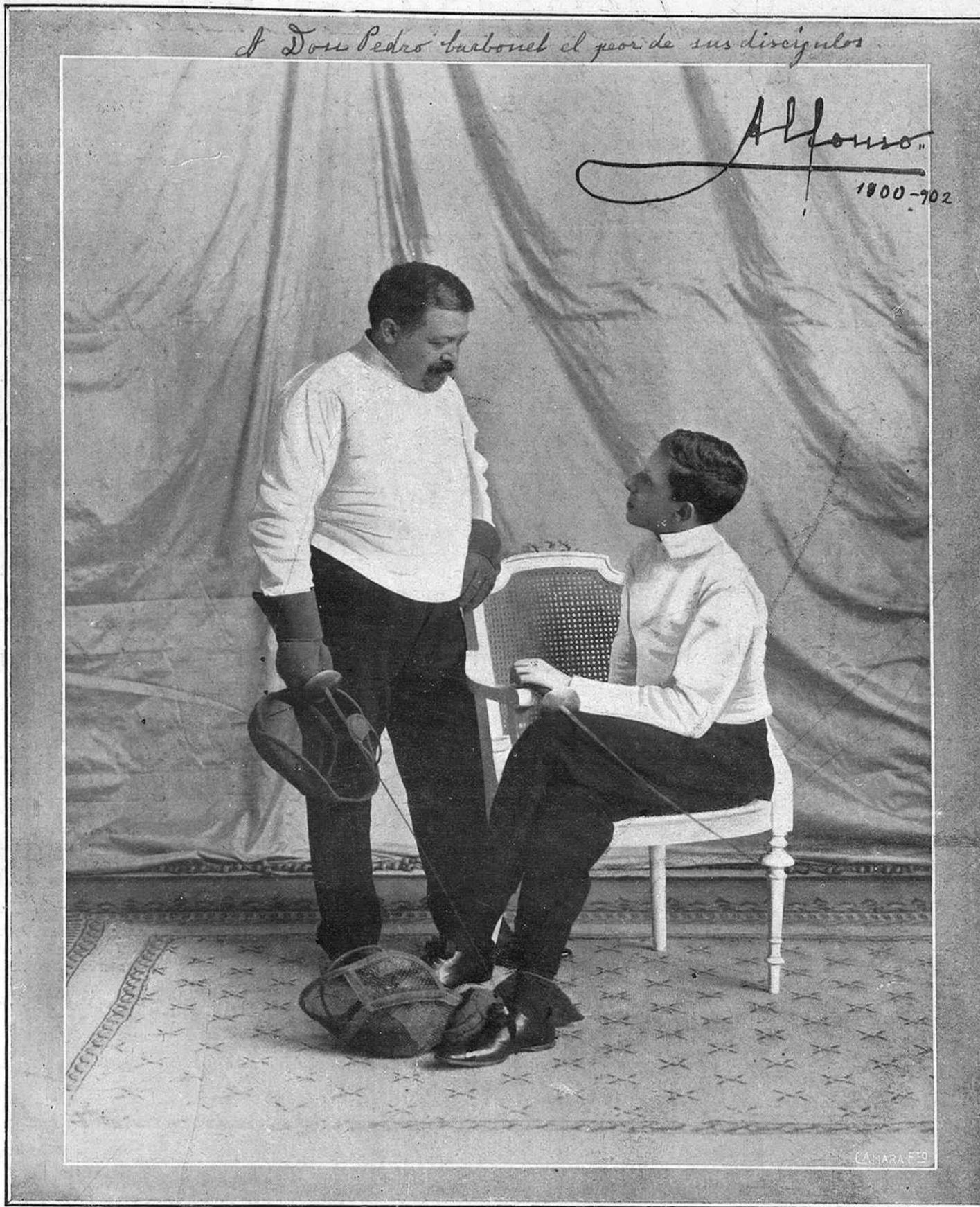
FOT. LACOSTE

CAMARA-FOTO

EL MAESTRO CARBONELL

A Don Pedro Carbonell el peor de sus discípulos

Alfonso
1900-1902



Interesante fotografía de S. M. el Rey, con el maestro Carbonell

YA los diarios nos han dado, con toda clase de detalles, la amarga noticia. Pedro Carbonell, el caballero adiestrador de caballeros en el arte de la esgrima, ha muerto.

Queremos nosotros también rendir un homenaje á esta interesante figura que tanto se destacó en la España contemporánea.

Por la sala de Pedro Carbonell desfilaron todos los caballeros españoles que á la hoja brillante y aguda de una espada encomendaron la guarda de su honor. Pedro Carbonell, en horas de zozobra y de inquietud, en vísperas de duelos, les enseñó á empuñar las armas y les preparó para el lance inevitable. En cuestiones de honor siempre mediaba el consejo de Carbonell, que, ante todo y sobre todo, era un perfecto «caballero, sin tacha y sin miedo».

Sus éxitos como tirador diestro le hicieron célebre en todo el mundo; pero su mayor atractivo era la simpatía: una simpatía sugestiva que se

apoderaba del interlocutor. Hombre de tertulia, era un *causeur* ocurrentísimo que poseía el secreto del «ameno narrador».

Tenía la honra Carbonell de contar entre sus discípulos á Su Majestad Don Alfonso XIII, que trabajó con el maestro fallecido desde el año 1900 hasta el 1908. Con Su Majestad el Rey componían una clase selecta é interesante el conde de Revillagigedo, el de Villariego, un hijo del general Aguirre, otro del marqués de Monistrol y el capitán de artillería conde de Someruelo. Tiraban todos á florete muy bien, y Su Majestad llegó á tener un brazo temible, dominando á casi todos los condiscípulos de su clase.

Las preferencias del Rey estaban por el sable; pero, por ser demasiado joven, no trabajó este arma.

Todos querían entrañablemente y respetaban al maestro. Su Majestad, en particular, sentía por Carbonell un gran afecto, y casi siempre

acostumbraba á invitarle á las regias cacerías. Durante esos pasados años se celebraban en Palacio fiestas de esgrima, tomando parte en ellas, además de Su Majestad, el marqués de Cabriñana, los profesores Pini, Kirchofer, Pardini, Afrodisio, Pepe Carbonell y muchos distinguidos aristócratas.

El formó una escuela de discípulos aprovechados que ya hoy son maestros admirables de esgrima, entre los cuales sobresalen el popular y estimado Afrodisio, que ha heredado de su maestro la elegancia suprema y la maravillosa destreza, y Pepe Carbonell, que, retirado su tío, prosiguió la tradición de su sala. Afrodisio y Pepe Carbonell fueron siempre los predilectos discípulos del profesor muerto, y á ellos, juntamente con el gran Lancho, les deberá la esgrima española futuras glorias y momentos de esplendor que no harán añorar los tiempos pasados.



ROMANCE DEL DOLOR



*Almas tristes, silenciosas,
peregrinas del amor,
que vais caminando á ciegas
entre el duelo y la traición,
sobre campos sin verdura,
bajo un cielo sin color,
desoladas y dolientes
como una puesta de sol...
mirad que ya habéis llegado
al alcázar del Dolor,
donde el rosal del martirio
brota flores de pasión.*

*Aprended, almas errantes
que vais caminando en pos
de un lucero que os enseñe
el fin de vuestro dolor...
Aquí se guarda el recuerdo
del más triste corazón
punzado por las espigas
del odio y el deshonor,
injurado por los hombres
y herido por la traición.*

*La inocencia se hizo sangre,
la santidad fué dolor,
la mansedumbre fué oprobio
y la caridad baldón.
Sobre las sienas augustas
del Nazareno, cayó,
de una corona de espigas,
el acero punzador;
un largo manto de púrpura
de sus hombros se colgó,
y una caña fué en sus manos
regio atributo burlón.*

*Almas tristes, silenciosas,
peregrinas del amor,
que vais caminando á ciegas
entre el duelo y la traición...
¿Qué sabéis de la amargura,
de la hiel, ni del rencor?
¿Qué son vuestras soledades?
Vuestras angustias, ¿qué son?
Hubo un dolor en el mundo
que fué vuestro Redentor:
el que vive en el misterio
del alcázar del Dolor,
donde el rosal de martirio
brota flores de pasión.*

José MONTERO

DIBUJO DE MARÍN

Marín



PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

LA ESFERA - MUNDO GRÁFICO - NUEVO MUNDO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

LA ESFERA

Madrid y provincias.....	Un año	30 pesetas
	Seis meses.....	18 >
Extranjero.....	Un año	50 >
	Seis meses.....	30 >
Portugal.....	Un año	35 >
	Seis meses.....	20 >

MUNDO GRÁFICO

Madrid y provincias.....	Un año	15 pesetas
	Seis meses.....	8 >
Extranjero.....	Un año	25 >
	Seis meses.....	15 >
Portugal.....	Un año	18 >
	Seis meses.....	10 >

NUEVO MUNDO

Madrid y provincias.....	Un año	19 pesetas
	Seis meses.....	10 >
Extranjero.....	Un año	30 >
	Seis meses.....	16 >
Portugal.....	Un año	22 >
	Seis meses.....	12 >

Hermosilla, 57.-MADRID

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 13
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

EL MÁS PODEROSO DE LOS



TÓNICOS

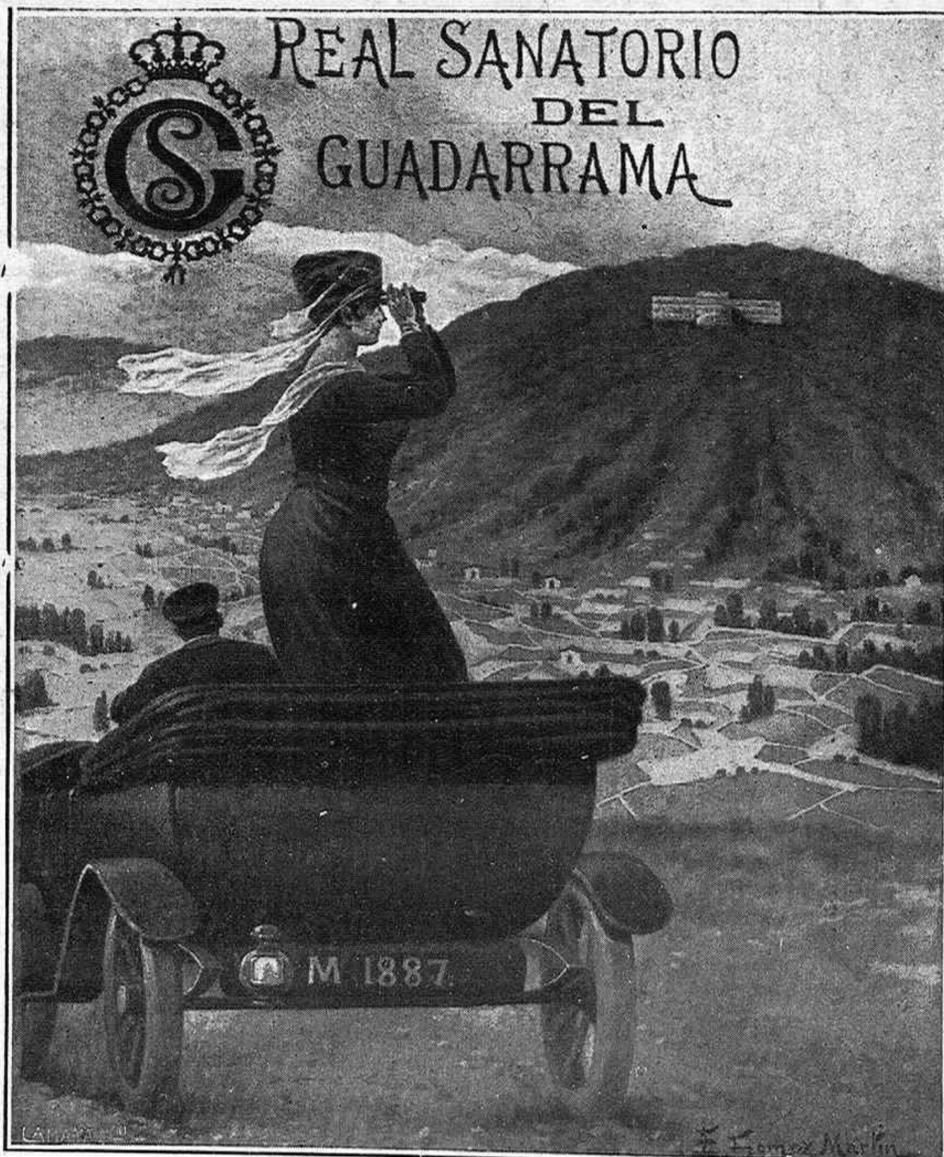
cuyo uso es indispensable durante los calores para combatir la falta de apetito y de las fuerzas.

VINO DE VIAL

QUINA, CARNE LACTO-FOSFATO de CAL

Conviene á los convalescientes, ancianos, mujeres, niños y todas las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA
Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.— Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.— Abierto todo el año.
Para informes, dirigirse al señor Director-Gerente, Barquillo, 3, Madrid



El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA



¡Jamás use un Pulimento de Aceite en Ninguno de Mis Muebles!

Deseo Que Siempre Use Cera Preparada de

JOHNSON

Forma una capa protectora sobre el barniz, haciendo mayor su duración. Nunca se pondrá pegajosa; por lo tanto, no muestra las manchas de los dedos.

Ni Recogerá el Polvo:

Los pulimentos que contienen aceite retienen todo el polvo y manchan la ropa, etc. La Cera Preparada de Johnson produce un pulido duro y seco, dejando la superficie como un espejo.

Tenga Ud. siempre a la mano una caja para pulimentar:

Pisos Pianos Automóviles
Linóleo Muebles Obra de Madera

De venta en los buenos almacenes.

Invitamos a los comerciantes para que nos escriban.

S. C. Johnson & Son, 244 High Holborn, Londres, E. C., Inglaterra

SIBERIA

ASPIC "SIBERIA", se come frío. Calentado, con puré patatas, guisado de coles o choucrout, es un manjar exquisito.



Agua de Syrus

MARCA REGISTRADA

BLANCA Y ROSA

La única higiénica para la belleza

Suaviza y hermosea el cutis, haciendo desaparecer los pequeños granos y manchas, dando una blancura nacarada

De venta en perfumerías 3 y 7 ptas. frasco.—Provincias. 3,50 y 8 ptas.

Fábrica y Dirección: Plaza de la Encarnación, 3.—Teléf. 1.633.—MADRID

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

UN RESFRIADO MAL CUIDADO

es una puerta abierta á todas las ENFERMEDADES de la GARGANTA, de los BRONQUIOS y de los PULMONES

**! NO DESCUIDE V. JAMAS UN CONSTIPADO!
PUEDE V. CURARLO**

en pocos dias, radicalmente y á poco coste con el empleo de las

PASTILLAS VALDA

ANTISÉPTICAS

Pero, sobre todo, no emplee V. sino las VERDADERAS

PASTILLAS VALDA

las que se venden sólo

En CAJAS de Ptas. 4.50

con el nombre VALDA en la tapa y nunca de otra manera

AGENTES GENERALES: Vicente FERRER y C^{ía}, BARCELONA.

Fórmula:
Menthol... 0.002
Eucalyptol... 0.005
Azúcar-Goma.

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS